

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

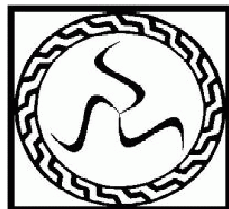
<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>

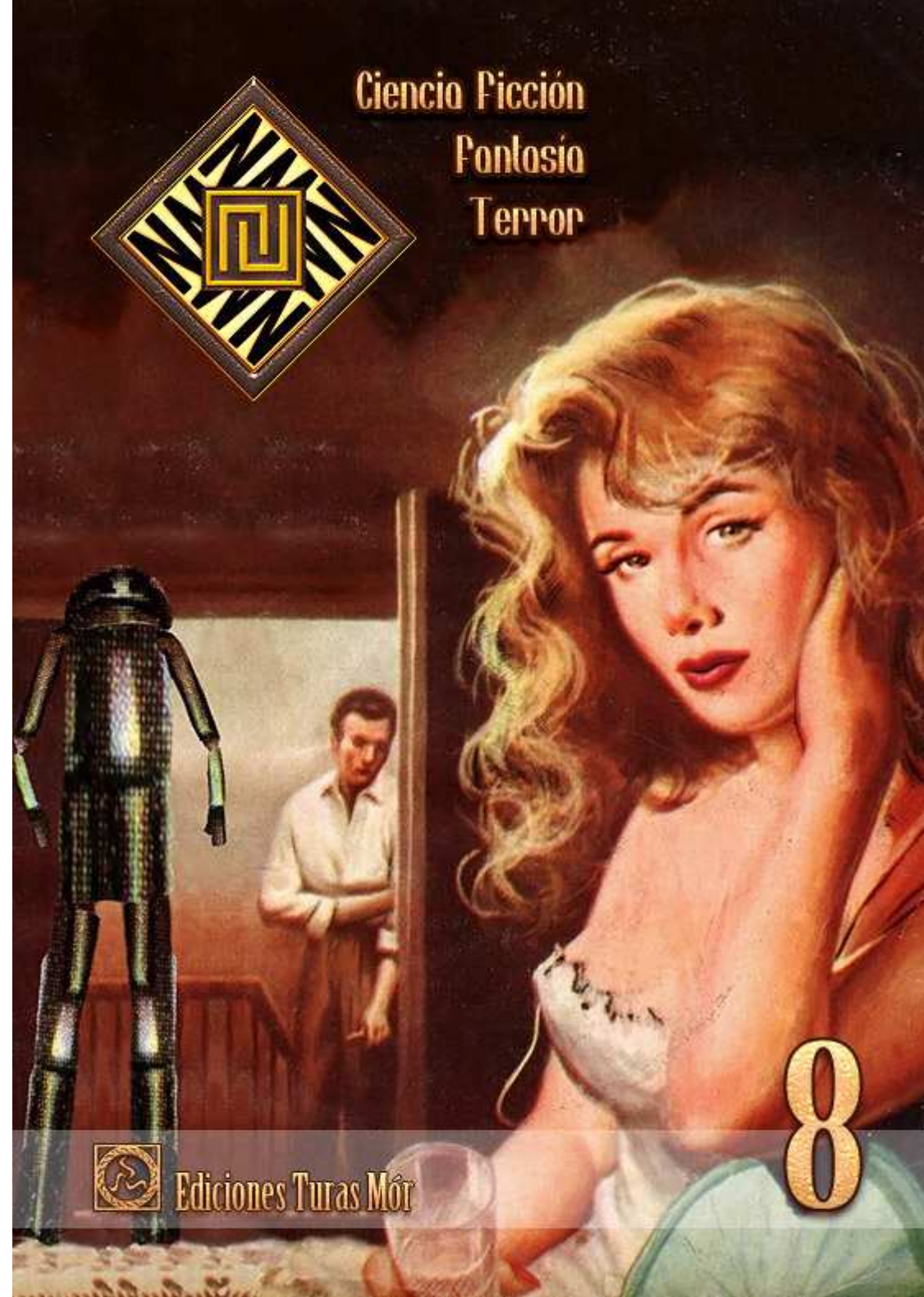


Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



ESN 33644-080406-253578-40





La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>Fuerza laboral</i> (TERESA P. MIRA)	5
<i>El censista</i> (MARTÍN CAGLIANI)	9
<i>La membresía</i> (MARCELO C. CARDO)	15
<i>El límite</i> (GONZALO GELLER)	18
Trazos de ayer: CHIM.....	19
<i>He aquí el hombre</i> (ALEXIS BRITO DELGADO).....	20
<i>El Mariscal</i> (EDUARDO M. LAENS AGUIAR)	28
<i>Máquinas de matar</i> (PEDRO P. ENGUITA).....	32
<i>El forastero prodigioso</i> (ADRIANA ALARCO DE ZADRA).....	36
Hacedores de "Nuevomundo" (II)	40
<i>Justicia expedita</i> (ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ)	42
<i>Réplica</i> (RONALD R. DELGADO C.)	48
<i>Vitrox</i> (GRACIELA LORENZO TILLARD).....	58
<i>¡Oh, el fútbol!</i> (RICARDO G. GIORNO).....	61

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:

SANTIAGO OVIEDO

www.myspace.com/editornm

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad
de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para e-ditores

ESN 33644-080406-253578-40

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO, CARLOS MORALES y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:

Ilustración de CHIM (Gentileza de CHRISTIAN VALLINI)

—¿Cómo? Usted me está diciéndome a mí que hay algo que se me pasó por alto y que no cambió, que sigue igual. Asombroso. Me gustaría que me iluminara, Gutiérrez.

—Y... el fútbol sigue igual.

—¿Qué? ¿Me está jodiendo?

—No, no es broma. Mire, reconozco que hay un montón de clubes nuevos: Deportivo Pekín, Coreanos Unidos. Si hasta están el Real Madrid y el Barcelona. Pero sólo tuvieron un poco de fuerza al principio. Poco a poco fueron desapareciendo muchos. Los que quedan están en la "C" o la "B". Los grandes siguen siendo los grandes, señor Mordancio.

—No me va a decir que hay chinos hinchas de boca.

—No, la mayoría de los chinos son hinchas de River. Si hasta hay barras bravas diferenciadas. En la San Martín alta del Monumental están "Los Dragones de Oriente", en la Centenario alta siguen "Los Borrachos del Tablón" y los franceses están en la Belgrano alta con los "Marsellesos"

—Es de no creer.

—Creameló, señor Mordancio. En Boca están "Corea Norte-Sur" y, como siempre, "La Doce". Y la rivalidad es enorme.

—¿Y los españoles? ¿No tienen barra en boca?

—No, ellos, y no me pregunte por qué, se hicieron casi todos hinchas de San Lorenzo. Y se juega a cancha llena,

con los cantos, los papelitos, las corridas. Todo sigue igual. Se lo digo porque veo muchas grabaciones de fútbol antiguo.

—Me está dando esperanzas. Me acuerdo de cuando era chico y mi abuelo me llevaba a la cancha. Nunca me gustó el fútbol, pero con lo que usted me está contando voy a hacerme hincha. Bien fanático. ¡Empezaré ya mismo! Sí, señor. Acompañeme, Gutiérrez. Lo voy a llevar al Monumental. ¡Nos vamos a hacer socios! No me mire así, no se preocupe, no va a salir de su sueldo.

—Esteee... no se enoje, señor Mordancio, pero preferiría que no. A mí también me llevaron a la cancha de chico y contrario a lo que le pasó a usted, a mí sí me picó el bichito. Perdón.

—¿Qué? ¡No me diga que es de la contra!

—Y... sí. Mi papá me llevaba a ver a Boca. No se me enoje, ¿eh?

—¡Por favor, Gutiérrez! ¿Cómo se cree que me voy a enojar? De ninguna manera. Eso sí, vaya a su escritorio y ponga sus cosas en una caja. Está despedido. Reestructuración, Gutiérrez, reestructuración.

—Pero... pero...

—Chau, Gutiérrez; al final fue una suerte que no viniera su novia. ¡Ah!, ponga el candado y déme las llaves; lo espero en la vereda.

© RICARDO G. GIORNO, 2008.

RICARDO GERMÁN GIORNO
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Colaborador habitual de **NM**, en 2007 apareció mercedamente en papel en las antologías "Desde el taller" y "Grageas", compiladas por SERGIO GAUT VEL HARTMAN.

por día y encima no les dan la ciudadanía.

—No es tan así, señor Mordancio. Córrase un poquito que me falta justo donde está parado. Vinieron a la Argentina porque acá no explotó la bomba que tiraron.

—¿Pero usted es boludo o se hace? ¡Si hubo una parte del mundo que no entró en la guerra! Por ejemplo, ni en Sudáfrica ni en Australia tiraron bombas.

—Por eso mismo. Todos los inmigrantes vienen con una palabra aprendida: suerte.

—¿Suerte? Las pelotas, Gutiérrez. No me venga con eso. Argentina murió. Sí, no me mire así. Murió ahogada por un mar de inmigrantes que sólo quieren comer sin laburar. ¿Por qué no van a laburar al campo?

—Y, ¿qué sé yo, señor Mordancio? La verdad que no sé.

—No sabe, no sabe. ¡Claro que no sabe! Yo se lo voy a explicar. ¿Quiere un cafecito?

—¿Usted tiene café? Y, sí, dele. Hace años que no pruebo un cafecito. ¿Cómo puede ser que yo nunca sentí el olor?

—Mi oficina tiene filtro, Gutiérrez. Acompáñeme. Pase, espere que despliego el sillón. Ahora sí, tome asiento nomás. Como le iba diciendo, la Argentina dejó de ser la Argentina. Ya no queda nada. ¡Nada! ¿Le gusta con azúcar?

—Sí, por favor.

—La Argentina que yo conocí de chico desapareció, Gutiérrez.

—Mmm... ¡Qué rico! Gracias, señor Mordancio.

—De nada. Todo destruido. Nuestra idiosincrasia, la que me enseñaron mis mayores, ya no está. Se fue. Se cambió por otras foráneas. A mí ya no

me dan ganas de seguir, qué quiere que le diga. Y no se deje engañar con esa sonrisa falsa de los chinos, o el agradecimiento servil de los europeos. Usted, que es joven, lo va a ver. Esto no va a durar mil años. Dicen que la radiación dura sesenta años y...

—Cincuenta.

—Bueno, cincuenta, pero yo estoy seguro que en treinta está todo como nuevo, que se va a poder vivir otra vez en las ciudades bombardeadas. Y va a pasar otra vez.

—¿Qué? ¿Van a volver las bombas?

—Mire, Gutiérrez, no lo tome a mal, pero usted me está resultando medio boludo. ¿Quiere otro café? Bueno, deme la taza. Dentro de treinta años, una vez más, nuestros políticos van a dejar al pueblo en la miseria. Y entonces, seguro que los nietos de estos inmigrantes querrán probar fortuna en la tierra de sus abuelos. ¡Minga! Les van a hacer un corte de manga. Ya pasó, Gutiérrez, ya pasó. Usarán un nuevo término, el idioma será diferente. Sí, señor; *sudaka* ya no se usará. Pero no importa, inventarán otro nombre.

—¿*Sudaka*? No sé de qué me está hablando, señor Mordancio. ¿Es una palabra coreana?

—¡Y claro; usted es un pibe! Cuando yo era chiquito era un tema de conversación entre mi abuelo y mi padre. Hasta se peleaban por eso, mire lo que le digo. Pero lo importante, ahora, es la muerte de la Argentina tal como la conocíamos. Todo, todo cambió... ¿Qué? ¿Por qué me pone esa cara?

—Perdone, señor Mordancio. ¿Sabe qué? Estoy pensando que hay algo que no cambió.

Hace dos años atrás, un 1º de mayo, nació la idea de lanzar **NM** como una publicación que pudiera distribuirse a través de Internet. Luego de ocho números, el resultado es por demás satisfactorio.

El caudal de colaboradores se va ampliando a un ritmo constante y más de uno de ellos se preocupa por seguir participando en estas páginas, pese a la norma de dejar pasar un número —como mínimo— entre una y otra aparición y a la aparente demora que impone la condición de trimestral.

Lo cierto es que esto último es consecuencia natural de la estructura de la revista, la cual —pese a su presentación como *webzine*— está diseñada como una publicación en papel (como habrán podido apreciar los lectores que se toman la molestia de imprimirla), con las innatas ventajas y desventajas que eso conlleva.

Entre las primeras, la posibilidad de incluir material de mayor extensión que el que resulta conveniente para una lectura en línea. Con el ejemplar impreso, no hay inconveniente en interrumpir la lectura para retomarla más tarde y en la versión en PDF también se vuelve al sitio en el que se estaba cuando se cerró el programa.

Por el otro lado, aparece la obligación del espacio, pues no se puede trabajar sino a partir de las cuatro páginas y sus múltiplos, con lo que hay que diagramar cuidadosamente la distribución del material.

Las entregas anteriores, por su parte, también ejercen un pequeño cúmulo de presión, pues obligan a mantener constante —y aun a aumentar— las exigencias de calidad. A diferencia de un *blog*, donde un relato se puede “descolgar” del sitio, y caer en el olvido, el material impreso hace saltar a la vista las virtudes y los defectos, los aciertos y los errores.

Todo eso hace que cada número de **NM** se trate de un desafío para seleccionar los cuentos y cumplir con los plazos de edición. Por eso mismo, uno de los hechos más gratificantes es la respuesta de los autores y de los lectores.

Mientras tanto, en esta entrega se despliega un abanico de autores y de estilos para todos los gustos. Como siempre, algunos son antiguos conocidos y otros son debutantes. Del lado de los lectores, seguramente pasará lo mismo.

SANTIAGO OVIEDO



Los textos de esta publicación fueron editados en OpenOffice 2.4. La revista se armó en Serif PagePlus 6.0. Los archivos PDF fueron generados en PDFCreator 0.9.3.

¡OH, EL FÚTBOL!

RICARDO G. GIORNO

*...les vendí mi inocencia
a un precio que no entendían.
MIGUEL ABUELO*

—Chau, Gutiérrez, que pase buen fin de semana. ¿Qué está haciendo acá a estas horas? ¿Hoy no lo viene a buscar su noviecita?

—No, hoy le dije que no pase. Quédese tranquilo, señor Mordancio, termino de barrer y cierro como usted quiere.

—¿Barrer? ¿No barre el chino?

—¿Cómo que el chino, jefe?

—Y, el chino, el que barre todo los días. Tengo veintitrés empleados, Gutiérrez. Veintidós son chinos.

—Perdone, pero en la empresa trabajan trece chinos y nueve coreanos. Y el que barre es coreano.

—Bueno, coreano-chino, chino-coreano: es lo mismo, ¿no lo ve? En definitiva, ¿por qué barre usted?

—Es que recién terminé el frente de los muebles para la casa Chuen. No me gusta dejarle sucio al pobre muchacho. Total, es una barridita rápida y listo.

—¿Pobre muchacho? Es su trabajo. Ya bastante tenemos con la avalancha de inmigrantes como para encima

ahorrarles trabajo. Y no le digo nada de los europeos, ¿eh? Esos sí que me vienen con los derechos de aquí, derechos de allá, pero laburar, ¡minga! Si, ya sé, no me diga nada: para el haraganeo ya está el gobierno. Subsidios de aquí, subsidios de allá y nadie quiere trabajar. Mire, le falta aquel rincón, Gutiérrez.

—Ah, gracias. Es que me dan lástima los inmigrantes. Tuvieron que dejar todo. Cambiar sus costumbres. Todavía sigue muriendo gente por la radiación.

—Que los hospitales argentinos deben atender a costa de nuestros impuestos. ¿Sabe cuántos impuestos pago yo? ¿Lo sabe? Es una sangría.

—Pero, ¿dónde iban a ir?

—¿Por qué no fueron a Sudáfrica, ¿eh? ¿Y a Australia? ¿Eh? ¿Eh? ¿Por qué?

—Y... qué sé yo.

—Porque ahí los cagaron a tiros, Gutiérrez. Porque a los pocos que aceptan los hacen laburar catorce horas

pesar de que el señor Andrés le recuerda que ya no es tan joven. Otra, que Marta se va de viaje de negocios y lo invita a acompañarla.

Vitrox sabe que ella toma el té sin azúcar y que al señor Andrés le gusta con leche. Deja las tazas sobre la mesa cerca del sofá con mucho cuidado. Ellos empiezan a hablar y deduce, por el volumen y la cadencia de las voces, que terminarán discutiendo. A Vitrox no le gusta el tono de modo que sale de la salita por la leche; ni siquiera lo notan.

Llaman insistentemente a la puerta; al final llega uno de los Admin-Sec con una llave maestra. Vitrox parece desactivado; no responde a ninguna pregunta. Lo apartan con violencia y entran en el módulo vital. Vitrox se bloquea.

En el Noti-Ya la noticia pasa tan veloz como un parpadeo. Las autoridades policiales llenan los formularios mínimos con máxima velocidad. Un accidente más: la falta de mantenimiento de un robot completamente obsoleto, alguna situación especial que distrae a la víctima evitando que sienta algún gusto raro en el té. Archivado.

El módulo vital y el espacio que ocupa se venden, por fin. Vitrox es desmantelado y sus partes recicladas; una reluciente máquina expendedora de bebidas calientes es instalada en Multi-Trans.

Aunque, de vez en cuando, el té que prepara para determinada persona tiene un cierto sabor extraño.

© GRACIELA LORENZO TILLARD, 2008.

GRACIELA LORENZO TILLARD
(Argentina —Córdoba—)

Ha colaborado con *fanzines* tanto electrónicos como de papel, y en un par de antologías. Uno de sus relatos es *La peste amarilla en la Buenos Aires*, que apareció en **Menhir 2** (papel) y en **Alfa Eridiani 4** (digital). Ha publicado prosa, crítica, infantil y poesía, además de traducciones, como se puede ver en <http://www.lorenzoservidor.com.ar/letr01/mios.htm>.

FUERZA LABORAL

TERESA P. MIRA

Desde el fondo del vaso, el espejo le ladró con fuerza.

El olor era acuoso y algo esmerilado, casi como vidrio caliente y ambarino: una miel iracunda.

Miró detenidamente el contenido y se perdió en las volutas del líquido.

Sus ojos eran drenados hacia el fondo; más allá, mucho más allá.

Cerró con fuerza los labios.

Pero fue imposible no beberlo.

Un sonido estridente se abrió paso hacia su esófago. Dentelladas puras; heridas de oro calcinante que se escurrían sin piedad, muy caliente, más allá de sus, ahora, desgarnecidas fauces.

El choque de miles de sí mismo en un solo punto. El punto no tenía límites. Su ira tampoco.

Arrojó el vaso contra el piso y el perro, libre, ladró a todo su alrededor.

Aún era un espejo y no le gustaba la imagen que le devolvía: un perro de alcohol y LSD que ladraba sin sentido alguno.

El oro llegó a sus entrañas y allí se arrebujó; enroscado, vigilante. Sus

dientes, calientes y terribles, se lanzaron a su torrente sanguíneo y, en poco tiempo, alcanzaron sus neuronas.

Entonces los perros se durmieron, los ladridos callaron, el espejo adquirió un brillo cegador y un silencio pastoso y lúgubre tapó con su manaza de hierro su cansado cerebro.

Mucho más tarde los colores desfilaron impertérritos ante su mente y el silencio se volatilizó, sublimándose en un gas sofocante y amargo, hasta que, sin poder ya evitarlo más, Alfonso Durero gritó con todas sus fuerzas.

Quinto día de desintoxicación forzosa

Dejar de ser un perro era muy difícil.

Y Alfonso Durero había nacido perro: un verdadero, puro y perfecto *canis familiaris*.

Decían que era un *golden retriever*, pero bien podría haber sido un afgano o un chihuahua, Durero nunca había llegado a desarrollar sus carac-

terísticas físicas más allá del quinto día de gestación.

Al sexto día lo arrancaron de la probeta, lo colocaron en un manipulador de genes estándar (uno clase Vectral, un X432 marca HGV, un modelo viejo pero efectivo) y lo humanizaron.

Alfonso Durero “nació” tres meses después, como un hombre; o un perro-hombre. A los efectos físicos externos, un hombre con todas las de la ley (excepto el derecho a voto, claro está) con su sangre algo alterada y con una estructura psicológica formidablemente transformada.

Ya en el jardín de infantes se burlaban de él llamándolo “Fido”, y eso que no tenía orejas largas ni nariz oscura y prominente: era un simple niño rubio, de ojos marrones y tez algo agrisada.

Aun así, no podía evitar ser sociable. Era su instinto.

A los dos años, cuando ya era todo un adolescente, le presentaron al resto de la camada; a sus “hermanos”. El choque fue demoledor: ante él movían la cola dos alegres cachorros de pelaje amarillo azafranado, mientras sobre una mesa relucían tres probetas congeladas.

Durero los miró con repugnancia, casi tanta como la que expresaba al verse a sí mismo en un espejo.

Dio media vuelta y salió del laboratorio barato que alguna vez había servido para refinar fidritinina, y nunca más volvió al criadero.

En esa época aún no se llamaba Alfonso Durero; tan sólo era “Alfie” para los laboratoristas que, con las manos engrasadas por los sándwi-

ches de cerdo, solían estrujarle los cabellos como a un caniche y silbarle entre dientes.

En realidad sí era Alfonso Durero, así lo habían empadronado en el registro civil, puesto que la “ley de humanizados” lo requería de tal modo; pero no fue sino hasta que escapó del laboratorio que lo supo; cuando, arrestado por la policía por primera vez, aprendió su verdadero nombre.

Entonces lo enviaron al criadero y de allí al jardín de infantes. Tenía sólo tres meses de edad, pero no desentonaba con sus compañeros de cinco años.

Durante las primeras dos semanas en el criadero se sentó en el suelo, ladró, se rascó las pulgas y orinó en los marcos de las puertas. Pero no era muy eficaz en nada de eso y las ayas lo trataban como a un hombrequito.

La tercera semana durmió en su cama y al mes ya comía con cubiertos.

Era extraño cómo la desintoxicación siempre evocaba esos recuerdos de su cortísima infancia.

Ahora, con siete años de vida y cuarenta de apariencia, Alfonso Durero enfrentaba su decimoquinta desintoxicación.

Y cuando el dolor de su alma arreciaba, aullaba en voz muy baja, quedamente, en un lamento que no era ni humano ni canino.

En un tren

¿Qué podía hacer un perro-hombre en un viaje? ¿Asomar la cabeza por la ventanilla y dejar que el viento le secase la lengua?

ral de la serenidad y la prudencia necesaria para contar hasta diez antes de actuar sin que por ello disminuya su eficiencia. Se casó con Andrés porque se enamoró de él y todavía lo ama; los únicos defectos de su marido son Vitrox... y el módulo vital, que es una unidad construida demasiado tiempo atrás y no cuenta con el equipamiento Auto-Servo recién inventado; les obliga a utilizar a Vitrox para todos los menesteres. Es tan obsoleto que algunas puertas no se pueden abrir y sectores enteros de costoso espacio no se pueden habitar. La legislación vigente establece que, tanto por la fecha de su construcción como por la manera en que fue asignada a la familia de Andrés, es una propiedad privada. Ya quedan muy pocas; tal condición es sólo tema conocido entre especialistas.

Algún tiempo atrás, Marta había realizado algunas preguntas. Averiguó que los Admin-Sec tenían sumo interés en el módulo por la enorme superficie propia que ocupa y, sobre todos los demás factores, porque la propiedad incluye el espacio aéreo y el subterráneo. Insinuaron un acuerdo: los Admin construirían allí el acceso al conducto Inter-Nivel que el Sector necesita, y ellos recibirían un módulo vital de última generación y algunas franquicias en el Ocio y Esparcimiento recién inaugurado junto al lago nuevo.

Además ese olor rancio; no es suciedad, porque todo está siempre muy limpio. Parece salir de los pisos... a pesar de Vitrox.

“No sé cómo evadir esta cuestión. Marta quiere que lo haga, pero real-

mente yo no quiero. ¿Por dónde empezaré? Tampoco sé cómo terminará... No deseo elegir. Marta es mi vida. Apenas la vi me enamoré; pensé que no se fijaría en mí y no puedo creer que todavía me ame. Estoy en la cima de mi carrera y en Multi-Trans no hay más ascensos para mí; mi situación no mejorará a menos que haga una fuerte inversión y me convierta en socio. En cambio ella está a mitad camino y seguramente llegará más lejos que yo en poco tiempo. Es tan vital y emprendedora; cómo la admiro; cuánto la amo...”.

Vitrox calienta la cantidad exacta de agua que necesita; está programado para ahorrar energía. Apenas hierve, prepara el té y lo lleva a la salita. El señor Andrés le dice que se quede; que deben conversar. A Vitrox no le gusta hacerlo, pero escucha todas las conversaciones. Su sistema básico, antiguo para la época, incluye algunos circuitos diseñados para evitar los defectos habituales de los domésticos: la conversación no deseada, la falta de atención a las instrucciones de los amos, el abandono de las tareas asignadas, permitir el ingreso a personas no autorizadas dentro del módulo vital, tratar de modificar sus costumbres para ajustarlas a la menor tensión de su propia programación, interferir, inclinarse hacia uno de ellos en detrimento del otro, y otras más, ahora por completo incomprensibles. Un día escucha que consideran la posibilidad de vender la propiedad; otro, lo del Auto-Servo y lo del Inter-Nivel. Una noche, que ella no quiere darle hijos, a

VITROX

GRACIELA LORENZO TILLARD

El módulo vital está siempre limpio; si a alguien se le ocurriera llegar sin aviso previo lo encontraría siempre ordenado. Antes de que el temporón señale que el sol ha salido —en algún remoto lugar de la superficie planetaria—, las camas están arregladas; apenas Marta y Andrés regresan del exterior, la comida está a la temperatura adecuada para ser ingerida; antes de que se retiren a su dormitorio a descansar, los restos están debidamente desechados.

Vitrox lo hace todo y no necesita de ningún otro dispositivo. Ha sido programado muchos años atrás para brindar ese servicio y jamás ha fallado, lo cual sería imposible. No le gustan las interrupciones mientras hace las tareas, aunque la palabra *gustar* es simplemente coloquial.

Hasta el momento, a pesar de llevar dieciocho años de actividad continuada, no ha recibido ninguna actualización; de tal circunstancia es responsable Andrés, quien disfruta sobremanera su estilo anticuado de servicio y

teme que tales procedimientos puedan eliminar de la memoria del dispositivo doméstico la data que lo genera. Además Vitrox reconoce que Andrés es su amo y le responde, aunque le llama con ese nombre en lugar del verdadero: VTRX-MMC.

Ocurrió una vez que Marta y Andrés buscaron uno más nuevo para que ayudara con las tareas, según dijeron; pero el ingenio no duró; se desactivó sin razón aparente. Los señores presentaron la reclamación correspondiente y los proveedores se lo llevaron sin chistar. Ellos eran los amos, pero Vitrox dedujo que tantos años de servicio merecían alguna consideración y que una pregunta, al menos, no habría hecho daño, pero a ellos no les interesa lo que tiene que decir. Aunque Vitrox habla muy poco.

Marta entra en las oficinas de Multi-Trans con la sonrisa habitual; le gusta su trabajo y se le nota. Cuando le ofrecieron el ascenso a la gerencia, lo aceptó, se esmeró y empezó a hacerse imprescindible. Tiene el don natu-

El comentario no le hizo mella. El camarero escupió en su *whiskey* y lo apoyó en la mesita con tanta furia y asco que parte de su contenido cayó sobre la manga derecha del saco de Durero.

Durero, con la mirada fría y el ánimo de morder, lamió concienzudamente la tela sin despegar la vista del rostro del camarero: no, este tipo no era un eco-racista; era simplemente un trabajador que veía amenazado su empleo por la aparición de algún animal humanizado más barato y más eficiente que él en su tarea... Tal vez una garza.

El hombre de corta y aterciopelada chaqueta roja lanzó una injuria, se llevó una silla por delante y entró tratabillando a la cocina. Durero sabía que, en pocos segundos, volvería trayéndole un trozo de carne cruda, uno que tendría un gran hueso adherido a él, y suspirando profundamente recordó las mismas, trilladas y repetitivas bromas de su infancia.

Bebió lo que quedaba de alcohol en el vaso con un ademán brusco y salió del coche comedor antes que fuese necesario que sus colmillos tuvieran que lavar su honor una vez más.

Retorno al trabajo

—¡Hey, Alfonso! ¡Hasta que volviste!

Durero alzó una mano sin siquiera mirar a su compañero de tareas; se sentó desganadamente tras el volante del mastodonte de cuarenta toneladas que conducía doce horas al día, seis días a la semana, doce meses al año, y encendió el motor.

La grúa bufó, rechinó y gruñó con el mismo hastío que su conductor y,

finalmente, avanzó a través de la planicie desierta.

El calor no ayudaba en nada, volatilizaba sus ánimos al punto de enfurecerlo y, cuando eso sucedía, todo el mundo se alejaba de Alfonso Durero, porque nadie en su sano juicio quiere pelear con un perro rabioso.

Pero cuando alguno tenía una tarea arriesgada en las barrancas, o debía descender al hoyo, o era preciso un copiloto para el ascenso al gran Mac, todos acudían a él, porque es bien sabido que no hay en este mundo nadie más fiel y más leal que un buen perro entrenado.

Los ojos de Alfonso se concentraban en el horizonte; de cuando en cuando miraba el cielo, pero eso era algo que no hacía muy a menudo. Más bien prefería henchir los pulmones y beberse todos los aromas, todas y cada una de las miles de sutiles combinaciones que el desierto le proponía. Con el olfato alerta Alfonso era capaz de enfrentarlo todo, incluso su existencia.

Un olor acre llamó su atención y un instinto antiguo le reveló el porqué: búfalos humanizados. En la excavadora número seis, a lo largo del surco mayor, en la zona donde el trabajo era más pesado, Jonás Van Eyck estaría trabajando aún más horas que él.

Entonces, el recuerdo de una vieja frase le arrancó una sonrisa agria, congelada de sarcasmo: sí, finalmente los hombres habían hallado la solución a sus problemas laborales y productivos. Al fin se les había vuelto muy sencillo el encontrar a alguien sumiso, fiel, con la suficiente inteligencia

y maniobrabilidad como para ser un obrero y el suficiente instinto como para “gozar” en su labor. Alguien sin las torturas psicológicas y espirituales de un hombre (siempre anhelante de su libertad y sus derechos). Alguien

por el que no sentir más remordimiento que por una res...

Alguien capaz de trabajar por ellos como un perro.

© TERESA PILAR MIRA, 2007.



TERESA PILAR MIRA
(Argentina —Pilar, Buenos Aires, 1971—)

Doctorada en filosofía con una tesis acerca de la interacción Mito-Ciencia Ficción-Filosofía, cursó estudios de astronomía y siempre le apasionó la ficción especulativa (sobre todo, los autores de la *New Wave* de los '60). Es docente universitaria en cátedras como Gnoseología y epistemología, Filosofía de las religiones, Mitología comparada, Teología y Cosmología —Filosofía de la naturaleza—, en las que introduce temas de ficción especulativa como materia de estudio, mientras continúa su tarea de investigación en este campo. Publicó diversos artículos y ensayos sobre el tema en medios especializados y comenzó a escribir cuentos y novelas dentro de este género, como *Intercambio justo* (**Axxón** 171).

Sus autores preferidos son FRANK HERBERT, PHILIP JOSE FARMER, SAMUEL R. DELANY, H. P. LOVECRAFT y PHILIP K. DICK.

se la victoria? ¿Cuánto duraría entonces esa guerra?

Deirmir tragó saliva, se talló los ojos y luego verificó el estado de su arma. Consciente de que el verdade-

ro combate estaba por venir, se preguntó cuántas muertes más le esperaban de ahora en adelante...

© RONALD R. DELGADO C., 2008.



Ronald R. Delgado C.
(Venezuela —Caracas, 1980—)

Licenciado en física y profesor universitario, es un apasionado lector de ciencia ficción desde que tenía unos 10 años, y comenzó a escribir a partir de los 15. Ha publicado en las revistas electrónicas **Axxón** (números 115, 125, 151 y 180), **Ciencia Ficción Perú**, **Letras Perdidas**, **NCG 3660** y **Qubit**, entre otras, y en **Noticiencias**, revista interna de la Facultad de Ciencias de la UCV.

A principios de 2007, ganó el tercer lugar del 1^{er} Concurso de Relatos Eróticos de la revista **Urbe Bikini**, de Venezuela, con *1000101*, un relato erótico de ciencia ficción. También formó parte del equipo evaluador que realizó la convocatoria de la Antología de Ciencia Ficción Venezolana de ese año.

sí. Deirmir reaccionó velozmente y les colocó tres balas a cada uno en su cuello y rostro.

Cuando el polvo y el humo se dispersaron por completo dentro de la Sala de Comando, el teniente Deirmir observó con claridad una figura que permanecía de pie entre las pantallas de observación y las computadoras de control. Por el peculiar uniforme de combate y las insignias que portaba sobre sus hombros, estaba claro que era el general custodio del fuerte. Imperturbable, esperaba la llegada de sus ejecutores.

—Atención, Base —dijo Deirmir mientras caminaba con cautela hacia el general—. Hemos controlado la Sala de Comando del fuerte.

“¡Excelente, teniente!”, explotó la voz en sus oídos. “¿El general fue capturado o muerto?”.

—El general ha sido...

Cuando se encontró cara a cara con el oficial enemigo, el teniente enmudeció. Confundido, dio un paso atrás y agitó la cabeza para asegurarse de que no estaba caminando ante un espejo... Pero no se equivocaba; se trataba de sí mismo, que del otro lado lo miraba sosegado. El general —el otro él— hizo una mueca sardónica y entrecerró los ojos.

Aquella expresión produjo en el teniente Deirmir un escalofrío tan fuerte que al llegarle a las manos las hizo temblar hasta apretar el gatillo. El general se desplomó en el suelo como un saco de ladrillos. Deirmir lo observó con ojos vidriosos, apabullado por un repentino temor.

—¿Cómo es posible? —murmuró con voz trémula.

“¿Teniente Deirmir? Repita”.

—El general fue muerto... —señaló—. Pero existe nueva información mucho más relevante, Base.

“¿A qué se refiere?”.

—Al parecer, el enemigo posee, o ha construido, una Incubadora.

Un segundo de estática y silencio sacudió la comunicación.

“¿Cómo ha llegado a esa conclusión, teniente?”, escuchó entonces.

—El general enemigo es un Réplica.

“¡Un Réplica! ¿Puede confirmarlo?”.

—Totalmente. Es un Réplica idéntico a... a los nuestros.

El asombro y la confusión se apoderaron de las voces tras los intercomunicadores.

Cuando los soldados ocuparon la Sala de Comando, miraron con estupefacción el rostro del cadáver que yacía a los pies del teniente Deirmir. Éste, aún agobiado, ponderó en su mente las implicaciones de ese imprevisto descubrimiento.

Así como ellos mismos, el enemigo tenía ahora la capacidad de generar más y más soldados continuamente. Era posible que las nuevas tropas ya estuvieran siendo gestadas, listas para regresar al fuerte y reanudar la batalla, o incluso que toda la operación formara parte de una elaborada emboscada.

“Controlen el fuerte y controlaremos la ciudad. Controlen la ciudad y la mitad de la guerra estará ganada”, había dicho el capitán Madubar. Ante un conflicto en el que ambos ejércitos poseían tropas imperecederas, ¿sería posible que alguno de ellos obtuvie-

EL CENSISTA

MARTÍN CAGLIANI

Soy censista, tengo veintisiete años subjetivos. Trabajo para Cuenta Cabezas Universal desde hace siete subjetivos, treinta y tres años objetivos de la Entidad. Por culpa de un amorío me obligaron a realizar dieciocho saltos temporales, viajando a velocidad casi luz, principalmente hacia asteroides. Hoy estoy esperando para reportarme con mi hijo, luego del mejor trabajo de mi carrera.

Mi padre era censista, así como mi abuelo, y también mi hijo. Vi a mi padre por primera vez a los seis años; él tenía cuarenta y cuatro. Estuvo conmigo apenas tres días, y partió nuevamente. Lo volví a ver dos veces más. Una fue cuando yo realizaba mi segundo salto; tenía apenas veintiún años y mi padre seguía teniendo cuarenta y cuatro. Él había dado saltos temporales más largos que yo.

Trabajamos juntos durante dos años, y él fue el culpable de mi accidentada carrera como censista. Me dijo algo que nunca olvidaré: “Es difícil mantener una relación cuando andas dando saltos temporales a cada

rato. Así que aprovecha cuando estés mucho tiempo en un planeta poblado, y enamórate”. Y lo hice... Me enamoré de una preciosa psicóloga de chispeantes ojos castaños y una sonrisa energizante. Mi hijo fue fruto de ese amor prohibido, que duró poco. La CCU me volvió a incorporar; había firmado contrato de por vida con ellos.

A mi padre lo vi por tercera y última vez en Mace 9. Yo tenía veinticuatro y él cincuenta. Me dijo que se iba a jubilar y que iría a vivir con el abuelo, que seguía vivo allá en Cilic 10, mi planeta natal.

Mi hijo ahora tiene veintiséis subjetivos, uno menos que yo. La maldita dilatación temporal. Es un alto ejecutivo de la CCU. No siguió los pasos de la familia. Luego de algunos saltos como censista se instaló acá, en Cibel 3, e hizo carrera. Yo seguía contando cabezas en asteroides o lunas pequeñas cuando me llegó su llamado. No lo había vuelto a ver desde el nacimiento y, a pesar de estar acostumbrado a los resultados de los via-

jes a velocidad casi luz, me descolocó saber que prácticamente teníamos la misma edad subjetiva, aunque me alegró que hubiese realizado una excelente carrera.

La sala de espera de su oficina era pequeña, muy pequeña. No había mucho espacio para las tres personas que aguardábamos de pie. Un intercomunicador sonó con voz metálica: —Censista 6211815, el Ejecutivo 18 lo espera. Adelante.

Se abrió una puerta corrediza. Saludé a los otros dos censistas que esperaban y entré.

La oficina era amplia, demasiado. Como mobiliario sólo tenía un escritorio con un sillón enfrente; detrás se veía a un sujeto sentado que era igual a mi padre. Tuve ganas de ver la holografía de él que guardaba en el bolsillo, para comparar.

—Padre —dijo—. Al fin nos conocemos.

Por más que fuese mi hijo, me contuve. Debía esperar a que me invitara; antes no podía decir ni hacer nada. Era el protocolo.

—Pasa, siéntate. Puedes hablar con libertad.

Me senté en el sillón, que era bastante cómodo.

—Me alegro de conocerte, hijo —dijo—. Y más todavía por lo bien que te ha ido.

—Mi madre siempre me contaba cómo te cazaron como a un conejo cuando desertaste, y la forma en que te hacían censar asteroide tras asteroide. Un trabajo peor que otro.

Me hizo sentir muy inferior que hablara así de mi carrera.

—Padre... —Hizo silencio un segundo y se puso de pie—. La meta más grande de mi vida fue lograr que la CCU dejara de tratarte como a una máquina cuenta cabezas. Es por eso que seguí la carrera ejecutiva.

Recuerdo que me emocioné en ese momento, pero no demostré mis sentimientos, como digno censista.

—Es por eso que te hice llamar —retomó—. Te conseguí el mejor trabajo que un censista podría ambicionar, y el más complicado, a la vez. Si logras llevar este censo con éxito, serás reconocido en toda la Entidad, padre. Yo confío que con tu extensa carrera lo lograrás.

—Gracias... hijo —dije.

No hablamos mucho más. Sólo intercambiamos algunas noticias, y me despachó hacia mi destino: una pequeña luna del planeta 5 del sistema Valion. Por nombre sólo tenía una serie de números. Se encontraba a doce años luz de Cibel 3. El viaje no duraría más que unos meses subjetivos, que aproveché para estudiar el caso a fondo.

No era una colonia humana; estaba habitada por homínidos autóctonos. La rareza del lugar reside en que, desde el primer contacto con la Entidad, no existían datos seguros sobre esa población. La CCU no tenía en claro cuántos eran los valionitas.

El primer Enviado de la Entidad era un exoantropólogo, y dejó asentado que eran mil ochocientos dieciséis individuos. La segunda persona que pisó suelo valionita lo hizo cin-

hasta ellas y verificó que el pasillo del otro lado estuviese despejado. Satisfecho con lo que había visto (un largo corredor vacío y un poco más iluminado) le ordenó al equipo seguir adelante.

Recorrieron el corredor, de monótonas paredes grisáceas y piso de roca, asegurando cada cuarto y cada rincón con eficacia. Sortearon un par de minas antipersonales y se encontraron con tan sólo tres soldados enemigos durante la mitad del trayecto. Deirmir, dubitativo, murmuró unas palabras que pudieron ser escuchadas claramente por el resto del equipo: —¿Dónde se han metido todos?

Obtuvo la respuesta a su pregunta un minuto después.

De alguna manera, todos los pasillos y habitaciones de ese piso del fuerte llevaban al mismo sitio: el Cuarto de Control. Así lo indicaban los resplandecientes rótulos electrónicos que estaban colocados a lo alto en todo el perímetro del lugar. Protegidos con escudos, restos de mesas y sillas, e incluso cadáveres apilados, las fuerzas enemigas esperaban adentro, dispuestas a matar y morir por defender a algo o a alguien que se escondía en la Sala de Comando.

Un torbellino de fuego se formó dentro del fuerte cuando los ejércitos se enfrentaron. Por su ubicación, las tropas enemigas tenían ventaja y quienes primero fueron abatidos pertenecían al equipo del teniente Deirmir. Éstos se replegaron hacia los diferentes corredores, cubriéndose con los recodos de las paredes, y después con

traatacaron al afianzar sus posiciones.

El teniente repitió su táctica anterior y lanzó hacia el Cuarto de Control dos granadas de alto calibre, que explotaron al unísono sacudiendo las bases enteras del edificio. Con seguridad —pensó—, al menos la mitad de las fuerzas enemigas habían sido anuladas.

Esperaron unos segundos hasta que la nube de humo se retiró y avanzaron de nuevo hacia la habitación. Para su sorpresa, el enemigo había resistido extraordinariamente el ataque. Los sobrevivientes, mutilados y adoloridos, persistían en elevar sus armas y disparar. Lograron detener a más de un tercio del equipo de asalto del teniente Deirmir, pero se vieron perdidos cuando llegó parte de los refuerzos, adentrándose por el extremo opuesto del Cuarto de Control.

No se tomaron prisioneros.

El lugar se sumió de pronto en un profundo silencio cuando no hubo soldado alguno que luchase en contra de las fuerzas invasoras. Deirmir señaló en dirección a la puerta de la Sala de Comando —un habitáculo rectangular de acero blindado, emplazado en el medio del lugar— y sus obedientes subalternos dispusieron en ella una poderosa carga explosiva.

El teniente inhaló, sostuvo el aire en sus pulmones y dio la orden de activación. Las puertas de la sala salieron despedidas hacia los lados y una ráfaga de viento caliente se estrelló contra el rostro de los soldados. Casi de inmediato, un par de guerreros enemigos saltó afuera chillando y disparando sus armamentos con frene-

soldados enemigos, además de cuatro artilleros, se encontraban resguardando el pozo que bajaba hacia el interior de la fortificación. El teniente Deirmir levantó la comisura de la boca en una sonrisa maliciosa.

—Solicito un equipo de asalto aéreo para tomar la azotea.

“Considerando solicitud... Solicitud aprobada. El vehículo aéreo de asalto lo recogerá en treinta segundos”.

Con obscena puntualidad, un aerodeslizador apareció en el plazo indicado sobre su cabeza y dejó caer el cable de amarre. Aseguró el gancho a su traje de combate y fue llevado al interior del deslizador para reunirse con el resto del equipo de asalto.

—¡Señores, el enemigo se encuentra protegiendo el acceso hacia los pisos inferiores del fuerte! —explicó, mientras una veintena de jóvenes excitados le miraban—. Son apenas un puñado, así que terminémoslos a prisas.

El vehículo se elevó impulsado por sus potentes motores y se detuvo a unos diez metros sobre el centro de la azotea. Cubriría el descenso de los soldados con precisión, formando un perímetro de disparos a su alrededor. El teniente, junto con el equipo de asalto, se lanzó al vacío, sostenido por el cable de amarre. Al tocar el suelo de la azotea, cargaron de inmediato contra las fuerzas enemigas.

Deirmir dirigió sus primeros disparos contra los cuatro artilleros que ya estaban listos para derribar el aerodeslizador. Logró alcanzar a tres de ellos antes de que detonaran sus armas, pero el último tuvo la velocidad y

la habilidad suficientes para soltar los misiles y replegarse entre los escombros y escudos que hacían de trinchera antes que el teniente siquiera le apuntara. En cuestión de segundos, el aerodeslizador recibió el impacto y se desplomó, generando un estruendo ensordecedor. Estimulados por la pérdida del vehículo aéreo, los miembros del equipo de asalto chillaron con odio y arremetieron contra el resto de sus enemigos, haciéndolos caer en secuencia como alineadas piezas de dominó.

—Atención, Base. Azotea bajo control. Envíen refuerzos.

“Copiado, teniente. Proceda con el interior del edificio. El capitán Madubar será enviado junto con los refuerzos cuando termine su gestación”.

Deirmir se golpeó el casco y luego les dio las indicaciones a los soldados, agitando las manos en el aire. Uno a uno, descendieron por el estrecho hoyo que daba al cuarto piso del fuerte. Adentro, el sonido de las ametralladoras y las bombas resonaba incesantemente. La lucha por el control de la fortificación sin duda había llegado ya al tercer piso.

Entre tanto, el lugar que recién comenzaban a explorar era una habitación espaciosa, como un cuarto de reuniones, pero gran parte del mobiliario, las computadoras de control y las luces del cielo raso habían sido destruidas. Los soldados encendieron las lámparas de sus cascos y procedieron a ocupar la zona.

Al final de la habitación, pasando un par de cadáveres enemigos, altas puertas de vidrio reforzado aún se mantenían intactas. El teniente reptó

cuenta años después, y fue un censista de la CCU que registró sesenta y seis individuos. El problema comenzó con el informe del segundo Enviado de la Entidad, también un exoantropólogo, que contó dos mil ciento dieciocho individuos doscientos años más tarde. La Entidad volvió a solicitar un censista a la CCU, el cual asentó nuevamente sesenta y seis individuos. El tope de absurdo se dio cuando un tercer Enviado de la Entidad encontró tres mil ciento cincuenta y seis valionitas.

Por supuesto, la Entidad se quejó ante la Cuenta Cabezas Universal, porque no podía confiar en los censistas. Sus propios enviados, que no lo eran, contaban más individuos que los profesionales de la CCU. Si la Entidad dejaba de confiar en nosotros, sencillamente dejaríamos de existir, ya que trabajamos casi con exclusividad para ellos, si bien también somos convocados por la Compañía Colonizadora, de cuando en cuando.

Allí fue cuando mi hijo entró en el asunto y pidió que le dejaran organizar un censo bien hecho para salvar el buen nombre de la CCU. Y para ello me convocó a mí.

Desde el aire vi que la luna era una ínfima esfera verde, con lagos aquí y allá que parecían manchas en una alfombra de vegetación, surcada por infinidad de ríos.

Cuando mi nave tocó tierra los valionitas la rodearon. Conté las cabezas que me rodeaban y me sorprendió que el número fuese sesenta y seis; la cantidad que habían asentado los censistas anteriores. No obs-

tante, la sorpresa fue momentánea; me imaginé que el trabajo no iba a ser tan fácil. No podía suponer que todos los valionitas que habitaban esa luna estuviesen allí recibíendome.

Mi hijo me había adosado un adnato a mi chip mental, para que esa entidad virtual pudiera ayudarme con el trato hacia los valionitas. Lo que más me interesaba era, sin duda, que oficiase de traductor.

Los valionitas eran muy altos; llevaban los cuerpos cubiertos con telas oscuras. Sólo el rostro quedaba visible, y no era tan diferente del de un humano. Ojos más grandes y de iris verde oscuro, labios casi inexistentes; carecían de pelo en el rostro, y parecía que tampoco lo tenían en la cabeza.

Cuando descendí de la nave, uno de ellos se me acercó.

—Bienvenido a Selva —tradujo el adnato, pero me olió a traducción literal.

—Hola, gracias por la bienvenida; tengo entendido que fueron avisados de mi visita —dije. El adnato traducía lo que yo pensaba y permitía que salieran por mi boca ya en valionita.

—Sí, yo soy el vocero de Selva. Hemos venido todos a recibirlo.

“¿Todos?”, pensé. ¿Serían realmente los sesenta y seis que habían contado los censistas que me habían precedido?

—¿Están todos los habitantes de Selva aquí? —pregunté, y noté cómo mi adnato había traducido LV186 por Selva.

—Así es —respondió.

Soy rápido para contar, y la buena iluminación que había allí me ayu-

dó. Sin dudas, me rodeaban sesenta y seis individuos. ¿Problema resuelto? No. Debía volver con la respuesta de por qué existía una discrepancia entre los números de los exoantropólogos y los censistas.

Me llamó la atención en ese momento que el único valionita que se había movido era el que hablaba conmigo; los demás parecían zombis. Incluso el que estaba frente a mí permanecía en trance; sólo movía la boca cuando hablaba.

Me comuniqué con mi adnato.

“Vom, ¿puedes acceder a los informes de los exoantropólogos?”, le pregunté.

“Ya se los he dado, como su hijo ha solicitado, señor”, respondió.

“No, Vom; éstos son los resúmenes que los censistas hicieron de los resúmenes de los informes de los exoantropólogos. Yo quiero los originales”.

“¿Los originales originales? Son muy largos para un censista, señor. Ciento veinte mil palabras”.

“Consíguelos”, ordené.

Hice una mueca; hasta las entidades virtuales se mofaban de la vagancia intelectual de los censistas. No era normal que leyésemos los informes de los Enviados; para eso la CCU solía contratar resumidores que escribían informes aptos para censistas apresurados.

—¿Puedo pasear un poco por los alrededores? —le pregunté al valionita

—Sí; si luego quiere comunicarse con nosotros podrá encontrarnos en nuestras casas. Yo estaré en la plaza central por si me necesita —dijo, y partió. Los demás lo imitaron,

con un caminar pausado que parecía un tanto espasmódico.

Distinguí unas viviendas a lo lejos. Empecé a caminar hacia allí; al principio quise ir detrás de ellos, pero eran tan lentos que me ganó la impaciencia y apresuré el paso. Cuando llegué al pueblo vi que no eran casas, sino unos pequeños albergues sin puerta en la entrada. Adentro sólo había un sillón y no cabía más que una persona, que apenas si podría estirar los brazos.

Los valionitas fueron llegando y entraron en las viviendas. Luego de varios minutos estaban sentados en los sillones, con los ojos cerrados. Excepto el vocero, que seguía de pie en el centro del pueblito como me había dicho.

Comencé a sospechar la razón de la discrepancia entre los números de los censistas y los exoantropólogos. Así que le pedí a mi adnato que me leyera el informe original del primer exoantropólogo enviado por la Entidad. La lectura veloz duró cinco minutos y —como siempre— me costó recuperarme. Solía dejarme tan agotado como un maratón. Pero, con toda esa información fresca en mi memoria, fui a interrogar al vocero.

—Vocero, ¿cuánta gente vive en Selva?

—Somos los que ves aquí.

—¿Qué es “ver”, vocero?

—Lo que se siente, lo que percibes. —Su rostro no mostraba emoción alguna.

Con esa respuesta me di cuenta de que mi adnato era un muy mal traductor. Sabía que él podía leer mis

“¡Sí, señor!”.

El teniente regresó a las escaleras y esperó a que todas las tropas de refuerzo se plantaran ante él. Se talló los ojos y después sostuvo la mirada del jefe de pelotón.

—Esperamos encontrar mucha más resistencia arriba —dijo, señalando el techo con el dedo índice—, así que...

—¡Señor! —interrumpió de pronto el soldado, que enarcó las cejas e indicó algo a espaldas del teniente.

Deirmir se volvió y notó que el elevador descendía. Levantó la ametralladora y retrocedió un par de metros. El resto de la tropa se preparó para atacar.

El elevador se detuvo y las puertas se abrieron. Dentro, el capitán Madubar estaba tendido en el suelo, amordazado y con la mirada encendida. Todo su pecho, su espalda, sus piernas y gran parte del piso estaban impregnados con masa gelatinosa de explosivo líquido.

Madubar gruñó algo ininteligible, más molesto que asustado, y luego el líquido verdusco desató su furia destructiva.

Un nuevo puesto de avanzada había sido emplazado justo ante la entrada principal del fuerte, tras los autobuses derribados. La Incubadora, protegida por una coraza móvil capaz de resistir cualquier impacto directo de bajo o alto calibre, bramaba como una fiera mitológica mientras escupía Réplicas al campo de batalla. El teniente Deirmir trastabilló al pisar el asfalto, pero recuperó el equilibrio y se incorporó mientras luchaba con sus entumecidos sentidos.

Hundió el mentón en el pecho, cerró los ojos y respiró despacio a lo largo de un minuto.

—Maldita sea —murmuró—. Maldita sea, maldita sea...

“¡Están acabando con nuestras tropas!”, tronó en los oídos del teniente. “¡No podemos permitirlo! ¡Eliminen al general a cargo y controlen el fuerte!”.

—Atención, Base —llamó el teniente, ahora sereno—. Las escaleras y el elevador del ala este han quedado destruidas. ¿Cuál es la situación con los demás accesos?

“Dos pelotones están tomando el control de las alas oeste y suroeste, pero se han encontrado con una resistente compañía enemiga”.

—Sin duda están luchando con todo —afirmó—. Me parece que están protegiendo algo muy importante y que están dispuestos a destruir su propio fuerte, si es necesario, para evitar que nosotros demos con ello.

“Inteligencia ya trabaja en esa posición”.

Deirmir meneó la cabeza y llevó su mirada al fuerte. La explosión del primer piso había arrancado gran parte de la fachada al edificio y numerosas llamas intensas comenzaban a extenderse hacia el piso superior. Arriba, en la azotea, los francotiradores y artilleros parecían haber abandonado sus posiciones. El teniente frunció el ceño y caminó de nuevo hacia el derruido portón principal.

—Atención, Base. Necesito información de satélite sobre la situación de la azotea del fuerte.

Sobre el visor del casco se proyectó una transmisión en tiempo real de su solicitud. Unas dos docenas de

Se adentraron en la estructura del fuerte y se toparon con unas largas y elaboradas escaleras que daban a una amplia galería. El lugar, más que una construcción militar, parecía un templo, espacioso y suntuoso. Reagrupó las fuerzas al llegar a la parte superior y les ordenó desplegarse.

—Aseguren cualquier otra entrada. Si encuentran al capitán, informen de inmediato.

El teniente caminó con calma hacia el final de la galería. Allí, un elevador y unas escaleras anchas indicaban la ruta hacia los pisos superiores. El elevador se encontraba detenido en el tercer piso. Pulsó el interruptor y la luz de bajada se encendió, pero el aparato no pareció moverse.

Deirmir giró trescientos sesenta grados para contemplar todo su entorno.

—Adelante, Base. La planta baja este del fuerte ha sido asegurada, pero no estoy seguro de tener la situación controlada. Nos resultó demasiado sencillo llegar hasta acá.

“Copiado, teniente. Consideraremos su apreciación. Mientras tanto refuerzos serán despachados. Continúe con la misión”.

Deirmir se mordió los labios.

—El precio de ser prescindible —murmuró—. ¡Atención, Patrullas Uno y Tres!

—¡Sí, señor!

—Es hora de finalizar con todo esto.

Les señaló las escaleras, y las tropas se reordenaron con disciplina junto a ellas.

El teniente hizo un ademán con las manos y los soldados respondie-

ron subiendo con energía a la siguiente planta. Allí se encontraron con un grupo de al menos cuarenta combatientes que descargaron sus armas contra ellos. El tronar de las ametralladoras se vio amplificado por la acústica propia del corredor y el destello de los cañones lo convirtió todo en un mortal espectáculo de luces. Mientras Deirmir subía, dos de sus muchachos cayeron muertos a sus pies. Se detuvo en el borde de la pared y les ordenó replegarse a los soldados expuestos. Luego tomó una granada de alto impacto y la dejó rodar hacia la formación enemiga.

El estallido fue tan intenso que el suelo vibró y el concreto del techo se resquebrajó. El teniente meneó la cabeza y se llevó las manos al casco, intentando mitigar el zumbido agudo y desagradable que le perforó los oídos.

—¡Ahora! —ordenó, y saltó hacia el corredor.

Eficaz, como una máquina, acabó con los soldados que habían sobrevivido a la granada. Una a una, fue recorriendo las habitaciones y pasillos del lugar, asegurándose de colocar una bala entre los ojos de cualquiera que le se les opusiese. Al cabo de dos minutos y medio, toda esa ala de aquel piso estaba consolidada.

—Adelante, refuerzos. ¡Respondan!

Un momento de estática y luego voces: “¡Aquí Patrullas Nueve, Doce y Quince reportándose!”.

Los primeros refuerzos habían llegado al pie del edificio.

—Procedan al primer piso.

pensamientos, pero no me importó. Traducía “sentir” por “ver”.

El primer exoantropólogo enviado por la Entidad había sospechado la existencia de más valionitas de los que realmente se podían ver. Sólo había permanecido unos días entre ellos. El número de individuos que había asentado estaba basado en lo que los mismos valionitas le habían dicho.

—¿Dónde viven todos los valionitas? —pregunté, y me enojé con mi adnato por no traducir valionita a la lengua de ellos, pero el vocero pareció entender. Era evidente que no tenían un nombre para denominarse a sí mismos, pero comprendían la forma que nosotros usábamos.

—Vivimos donde tú puedes sentir —respondió, y ahora mi adnato pareció traducir bien.

—Pero yo sólo siento a sesenta y seis individuos —le dije.

—Sí. Los humanos sienten poco. Sólo cinco sentidos.

Éste iba a ser un trabajo más complicado de lo que pensaba, así que decidí ir a descansar a la nave. La lectura veloz me había agotado y prefería dejar pasar un tiempo antes de volver a conversar con el vocero.

Al día siguiente me levanté con una sospecha que era casi una certeza; el sueño me había acomodado las ideas. No quise leer los informes de los otros exoantropólogos, pues seguramente se limitaría a confirmar mis suposiciones. Preferí ir a hablar con el vocero.

Cuando llegué al pueblito, vi que casi todos seguían en los sillones,

aunque algunos estaban sentados en el suelo de la plaza central y comían unos frutos verdes. El vocero era uno de ellos; se puso de pie con lentitud y parsimonia al verme, pero yo llegué junto a él antes de que terminara el trabajo.

—Bienvenido, censista —me dijo—. Hoy seré yo quien atienda tus apetencias; anoche tuvimos elecciones y fui elegido vocero.

Al principio ese diálogo me descolocó, ya que era exactamente la misma persona con la que había hablado el día anterior, pero sonreí; si necesitaba algo para estar seguro, era eso.

—Me alegro de conocerte, vocero —dije—. ¿Cuánta gente vive en este pueblo?

—Cuatro mil ciento cincuenta y ocho individuos.

“Claro. ¿En dónde más podrían vivir?”, pensé.

—¿Cuántos viven contigo en tu cuerpo? —pregunté.

El valionita permaneció en silencio unos segundos; su rostro no me daba ninguna pista.

—Sesenta y nueve —respondió.

El vocero me había comprendido. Había temido que no conocieran el concepto de cuerpo, ya que, al vivir sesenta y nueve personalidades juntas dentro de un solo individuo... Aunque el concepto de individuo habría que redefinirlo para los valionitas. Cada cuerpo era un pequeño barrio, donde vivían decenas de personalidades.

No veo el momento de volver a ver a mi hijo. Tengo ante mí la oportunidad

de revolucionar la ciencia del censo; puedo llegar a ser el ejemplo a seguir. Después de mí, todos tendrán que leer los informes completos de los Enviados y realizar estudios concienzudos antes de emitir un informe. Habrá un intercambio de información entre las ciencias. Mi hijo se sentirá orgulloso de mí; ya no seré un simple cuenta cabezas que salta de un asteroide a otro. Podré sentarme frente a él con la frente en alto.

Los informes de los exoantropólogos habían pasado sin pena ni gloria. Los censistas se habían limitado a llegar, contar cabezas e irse. A nadie en la Entidad le había interesado que los valionitas hubieran solucionado el problema de espacio que solía aquejar a la humanidad. Eran sesenta y seis cuerpos, dentro de los cuales nacían, vivían, se reproducían y morían decenas de individuos.

Yo no había hecho ningún descubrimiento importante, ya que los otros dos exoantropólogos de la Entidad lo habían descubierto antes. En el informe del tercer Enviado se podía leer un estudio completo de la sociedad valionita. Ese exoantropólogo había pasado diez años entre ellos, y llegó a esbozar algunas hipótesis de por qué los valionitas habían evolucionado de ese modo.

Durante mi investigación pude constatar y comprobar las hipótesis. Fue una adaptación al medio exiguo en el que vivían. El Enviado suponía que los ancestros de los valionitas agotaron el medioambiente de alguna forma, y que luego fueron adaptándose para poder sobrevivir en él. Dejó muchas preguntas y propuestas para futuras investigaciones, pero al parecer la Entidad no aprobó más estudios de campo, y decidió dejar en paz a los valionitas. Sólo se interesaban en los números, en cuántos eran. Y para eso los censistas no servían, dado que no habían leído ni leerían los estudios de los Enviados, y entonces jamás llegarían al número real de valionitas.

Pero, ¿a quién pretendo engañar...? Nadie me prestará atención. Tal vez algún exoantropólogo lea mi informe y se ría al ver un censista curioso que repite como loro lo mismo que ellos han escrito hace años. Mis colegas no se preocuparán por leer mi *extenso* artículo...

Todo depende de mi hijo. Espero que él sea el indicado para cambiar la ciencia del censo; si no, nuestros días están contados.

© MARTÍN CAGLIANI, 2007.

MARTÍN CAGLIANI
(Argentina —Buenos Aires, 1974—)

Si bien como escritor no se deja atrapar por ningún género, se siente cómodo en la ciencia ficción, la fantasía y el terror. Además de sus colaboraciones en **Axxón**, **Efímero**, **Erídano** y **Sinergia**, entre otras, en **NM 2** publicó *Lucía tomó mi mano y fui feliz*.

ses destrozados que humeaban muy cerca de la entrada este del fuerte. La edificación era una estructura de metal y concreto gris opaco de cuatro pisos, con un área que alcanzaba casi el de una cuadra entera. Tenía forma octogonal y estaba rodeada por un prominente muro reforzado con torres armadas a cada lado de los portones de acceso. Tanto el muro como gran parte de la fachada del fuerte estaban visiblemente deteriorados y muchas de las ventanas blindadas habían caído, dejando expuestas posibles vías al interior del edificio. Al parecer, las torres defensivas enemigas ya habían sido neutralizadas y el fuego hostil se limitaba a tropas que disparaban desde algunas ventanas y de los puestos de observación que enmarcaban el enorme portón del recinto. Unos cuantos francotiradores y artilleros también ofrecían resistencia desde la azotea.

Deirmir corrió hacia los autobuses y fue recibido por el jefe del pelotón.

—¿Cuál es la situación, sargento? —preguntó el teniente.

—Las defensas primarias fueron destruidas. El equipo de explosivos está preparando la maniobra para derribar la puerta de entrada.

—¿Qué hay del capitán Madubar?

El sargento se encogió de hombros.

—Nos reunimos con el capitán allá junto al acorazado. Avanzamos hasta este punto pero luego él desapareció en dirección al fuerte y perdimos el contacto.

—¡Excelente! —espetó Deirmir y golpeó su casco en la sien—. Adelante, capitán Madubar; aquí Deirmir. ¿Adelante?

Sus oídos sólo recibieron estática.

—Adelante, Base; me encuentro con el pelotón —señaló—. ¿Cuál es la situación del capitán Madubar?

“Enseguida, teniente”. Escuchó una estática intermitente durante unos segundos y luego la voz volvió al intercomunicador: “El capitán fue interceptado camino a la entrada suroeste del fuerte. Permanece con vida pero desconocemos su localización actual”.

—Copiado, fuera... ¡Maldita sea!

El teniente se asomó por el borde despejado del autobús y sopesó la situación. Si el equipo de explosivos hacía bien su trabajo, tanto el portón como las torres defensivas caerían íntegras, producto del ataque.

—Muy bien, sargento; envíe a los muchachos. ¡Derriben ese muro!

Cuatro miembros del pelotón sacaron de sus mochilas las cargas explosivas y otros dos prepararon sus armas para acompañarlos. Sin dificultad, colocaron los artefactos en los puntos indicados del portón y las torres y regresaron a los autobuses mientras las demás patrullas disparaban hacia la parte alta del fuerte, desde donde tropas enemigas contraatacaban.

El teniente dio la orden y las cargas volaron, destruyendo el portón y parte del muro fortificado de la entrada, así como todo lo construido o colocado alrededor. El área circundante se llenó de una espesa capa de polvo y humo oscuro que por unos segundos obstruyó totalmente la visión hacia el edificio.

—¡Corran, corran, corran! —le gritó Deirmir al pelotón cuando la visibilidad mejoró lo suficiente.

el capitán Madubar logró sobrevivir al ataque y se encuentra luchando en el interior del fuerte! Un segundo pelotón aseguró el área y acabó con los hostiles. Diríjase de inmediato a la zona y tome el control del pelotón.

Deirmir asintió en un acto reflejo y observó en rededor, para tener clara su ubicación en el teatro de operaciones. Al oeste, la autopista principal que atravesaba gran parte de la ciudad ya había sido controlada por las tropas aliadas. Un par de cuadras más hacia el noroeste, entre los altos y destrozados edificios de metal y concreto, se emplazaba el centro de resistencia enemiga. El teniente verificó el estado de su armamento y después corrió hacia la avenida paralela a la autopista, tomando una ruta alterna al fuerte. Con la respiración acelerada, se adentró junto con otros soldados en las peligrosas calles de la ciudad, iluminadas parcialmente por el sol matutino que se elevaba en el horizonte.

Todavía conmocionado por la gestación, sus piernas flaquearon, pero sabía que se trataba tan sólo de un efecto secundario del proceso y que pronto su organismo retomaría el ciento por ciento de sus capacidades. Inevitablemente, el teniente siempre se preguntaba cómo lograban hacerlo. Cómo lograban gestar a los soldados tan aprisa, cómo trasladaban su conciencia y sus recuerdos a los nuevos cuerpos y cómo éstos, en cuestión de minutos, ya estaban listos para el combate. Más aún, se preguntaba cómo era posible que recordara todo hasta el último segundo de sus muertes pasadas. Con un parpadeo, pudo verse de nuevo a los pies del acorazado, rodeado de un

pelotón masacrado y buscando entre los edificios a las tropas enemigas. Entonces distinguió un destello amarillento que brotó desde una de las ventanas y en seguida se paralizó y la realidad se desvaneció.

De vuelta a su presente, un desagradable escalofrío lo atacó desde la base de la espina hasta el cuello. Detuvo su avance, apretó los dientes y sacó de uno de los bolsillos de su traje una jeringa narcótica. Se colocó la punta en el cuello y dispensó una dosis entera. Inhaló y exhaló despacio un par de veces y luego retomó su rumbo, casi odiándose a sí mismo por haber aceptado convertirse en un Réplica, aunque sabía muy bien que ellos representaban el arma definitiva contra un enemigo cuyos ejércitos estaban constituidos por simples mortales, tecnológicamente incapaces de duplicarse a sí mismos.

Al llegar al final de la primera cuadra escrutó la calle transversal y se aseguró de que hubiera sido controlada. Un tanque de asalto permanecía vigilante en medio del asfalto, mientras una docena de soldados patrullaba la zona. Deirmir se encaminó hacia la próxima cuadra por un solitario callejón que separaba dos viejos edificios. Del otro lado, la avenida dirigía directamente al fuerte enemigo. A su derecha, el teniente pudo observar el blindado que lo había llevado allí en el primer avance. Identificó de inmediato su cadáver y negó con la cabeza, molesto por haberse dejado emboscar tan fácilmente.

Hacia el extremo opuesto de la avenida lo esperaba el segundo pelotón de asalto, escudado por dos autobu-

LA MEMBRESÍA

MARCELO C. CARDO

I

La morocha se contoneaba sugerente. Su figura delgada y sinuosa me producía una sensación hipnótica y seductora.

Cuando Lucía me llamó al celular para proponerme que nos encontraríamos en *Molière*, ni por asomo me imaginé lo que se vendría.

Almuerzo normal, charla amena; todo como si nada hasta que llegaron los cafés (melodramática hasta último momento, la muy turra, como siempre).

Mientras revolvía su taza, me miró a los ojos y dijo que nuestra relación ya no funcionaba, que no iba para atrás ni para adelante, que sólo pensaba en mí mismo, que únicamente la llamaba cuando necesitaba algo (y que ya sabíamos qué era ese algo), que todo giraba alrededor de mis problemas y de mis manías y de cómo me había levantado por la mañana, que no estaba dispuesta a seguir con ese *menáge à trois* entre

ella, mi ego y yo, y que si necesitaba compañía me consiguiera un perro. Dejándome con la palabra en la boca, se levantó y se fue.

Sus labios, de un carmesí furioso, brillaban a la tenue luz del lugar. Mientras se aproximaba a mí, su vestido negro adherido al cuerpo resaltaba tanto sus curvas como sus intenciones.

Como si fuera poco, tenía que volver a la oficina y mis compañeros de trabajo parecían contar con un radar para detectar las rupturas amorosas (o quizá se me notaba mucho). Lo cierto es que no me quedó otra que escuchar sus comentarios: que era mejor así, que esa mina no me convenía, que era una histérica, que no valía la pena, que no me hiciera drama, que lo que tenía que hacer era salir de joda y divertirme para olvidarla cuanto antes, que por qué no iba con ellos a *Opera Bay*, que los jueves se ponía "rebueno" porque se llenaba de extranjeras bastante li-

geritas (por no decir del todo), además de lindas y con plata.... Y que daba la casualidad de que hoy era jueves.

No podía hacer nada. Estaba paralizado; un poco por incredulidad y otro poco por la excitación que la situación me provocaba. Mis amigos me codeaban: "aprovechá, aprovechá..."

Decidí acompañarlos: nada mejor que un poco de diversión y algo de alcohol para mitigar mis penas. A las 01:30 llegué a Puerto Madero. De a poco los demás se fueron presentando. Dimos nuestros nombres al patovica de la entrada (estábamos en una lista de invitados), pasamos por el detector de metales e ingresamos. Nos sentamos en una mesa ubicada en una de las terrazas. Los chistes y las bebidas amenizaban la velada.

II

Se detuvo frente a mí, me miró y preguntó: "¿bailamos?". Mientras íbamos hacia la pista, aún no entendía lo que pasaba. Después de un rato, nos dirigimos hacia la baranda y mirando al río me dijo que se llamaba María, María Addis, que venía de Europa, que era estudiante de intercambio y que le gustaba mucho Buenos Aires y su noche. Poco después agregó que ni bien me había visto había sentido algo que la llamaba, que la atraía hacia mí.

Le pregunté si no quería ir a un lugar más tranquilo. Le comenté que, si no lo tomaba a mal, mi departa-

mento estaba cerca. Con una sonrisa cómplice aceptó la invitación.

Ya en mi propiedad, le ofrecí algo de beber. Me dijo que sí, que un poco de vino blanco estaría bien.

Cuando volví con las dos copas, ya no estaba en el living. La puerta de mi cuarto se hallaba abierta y un camino de ropa (su ropa) me guiaba hacia la cama.

En el dormitorio la vi desnuda por primera vez: era incluso más hermosa que vestida.

"¡Ojalá Lucía pudiera verme ahora!", pensé. "A mí y a la 'perrita' que había encontrado para que me hiciera compañía".

Bastante borracho y exaltado, la atraje hacia mí. Ella me esquivó, tomó su copa y la apoyó en la mesa de luz; yo vacié la mía y la dejé en la alfombra. Nos besamos larga y apasionadamente revolcándonos en la cama. Luego de un rato de juegos eróticos, estiré como pude un brazo hasta el cajón de la mesa de luz. Lo abrí, tanteé en su interior y para mi sorpresa (maldita suerte) encontré la caja de preservativos vacía. Como si hubiese leído mis pensamientos, María susurró a mi oído: "No te preocupes, yo me cuido", y continuó besándome el cuello.

No lo dudé. Hicimos el amor como condenados, llenos de un ímpetu y un frenesí desenfrenado.

III

Me despierto desganado; estoy exhausto. Aunque parece que hubiera dormido tres días, todavía es de noche. Junto a mí no hay nadie: ella

mente su rumbo, pero el impacto no pudo detenerlos. El capitán Madubar soltó una carcajada y se golpeó el casco con la culata de la ametralladora.

—¡Imbéciles! —gritó—. ¡No tienen idea de lo que les espera!

El resto del pelotón explotó en bramidos y miradas centelleantes.

—¡Ya lo saben, señoritas! —prosiguió el capitán—. Controlen las calles y controlaremos el fuerte. Controlen el fuerte y controlaremos la ciudad. Controlen la ciudad y la mitad de la guerra estará ganada.

Los soldados respondieron con vítores de júbilo.

La lámpara roja que indicaba la orden de despliegue iluminó el oscuro interior del acorazado y enseguida el pelotón adoptó las posiciones de combate y verificó su armamento.

—¡Teniente Deirmir, ha llegado el momento! —gritó Madubar.

El teniente asintió con la cabeza y dio un par de golpes al intercomunicador de su casco.

—¡Adelante, Patrulla Uno! —exclamó.

—¡Listo! —confirmó parte del pelotón, y sus voces fueron amplificadas por los auriculares de los cascos.

—¿Patrulla Dos?

—¡Listo!

—Patrullas Tres y Cuatro.

—¡En orden!

—¡Pelotón listo, señor! —confirmó Deirmir.

El capitán Madubar apretó los dientes y caminó hacia el fondo del vehículo, dejando la escotilla libre, así como el estrecho corredor que dirigía a ella. El transporte se detuvo de pronto y la lámpara roja comenzó a titilar frenética.

—¡Fuego hasta la muerte! —gritó el capitán—. ¡Al fin y al cabo no importa!

Entonces los precintos externos de la escotilla se soltaron y las puertas se abrieron de un golpe, permitiendo que las tropas saltaran finalmente al campo de batalla.

Las Patrullas Uno y Dos aseguraron el perímetro del acorazado, y luego los soldados restantes junto con el teniente Deirmir pusieron pie en tierra.

Un segundo después, el pelotón entero cayó abatido presa del fuego enemigo. Sorprendido, el teniente asió con firmeza su arma y levantó la mirada para buscar entre los edificios el origen de los disparos. Su rostro quedó lo suficientemente expuesto como para permitir que una certera bala lo atravesara, haciendo que volara toda su cabeza.

Como el rudo despertar de una pesadilla.

Así lo sentía el teniente Deirmir cada vez que era *gestado*. La bula a su alrededor le dañaba los oídos y sus ojos ardían mientras la realidad dejaba de ser difusa y se tornaba nítida. Agitaba la cabeza y se miraba las manos y los brazos empapados en sudor. Entonces el médico de guardia lo abofeteaba un par de veces y verificaba su estado, extendiendo sus párpados y apuntándole con la luz de esa linterna que hacía palpar su cabeza; tras sentir satisfecho, le colocaba el casco de un golpe y lo empujaba fuera de la *Incubadora*.

Vivo de nuevo y de vuelta al puesto de avanzada, el general de brigada lo tomó por los amarres del traje de combate y le gritó al oído: —¡Teniente,

RÉPLICA

RONALD R. DELGADO C.

Dentro del transporte, el teniente Eric Deirmir permanecía quieto en el puesto designado, con la espalda apoyada contra el duro metal del vehículo y las manos sujetando los protectores de sus rodillas. La mirada vidriosa y lejana estaba clavada en los restos de barro que se asomaban por la punta de sus botas, mientras el sudor le resbalaba por el rostro y descendía por el cuello hasta perderse en alguna parte del interior del traje de combate. Podía escuchar la respiración intensa de sus compañeros de pelotón, el estrépito de las ametralladoras al chocar unas con otras y la voz estentórea del capitán Madubar mientras gruñía sus indicaciones, pero en lo profundo de su mente era capaz de clasificar y atenuar todos esos ruidos con el fin de captar con mayor claridad aquellos provenientes del exterior del blindado.

Opacos, como leves golpeteos producidos debajo del agua, percibía los disparos y las explosiones que los esperaban. Los sonidos apenas lograban hacer vibrar los tejidos de sus tímpanos, pero su estómago y su pe-

cho se sacudían, producto de las fuerzas subsónicas. Absorto, intentaba determinar la procedencia de los disparos para así construir un mapa mental de la localización de las tropas y maquinarias enemigas. Más allá de los reportes satelitales, y de la información de inteligencia, eran sus instintos y sentido común los que lo guiaban en el campo de batalla. Los narcóticos que invadían su torrente sanguíneo suprimían las respuestas naturales de temor o duda, y elevaban —a su vez— la agresividad y la rapidez en la toma de decisiones, de modo que luchaba con fortaleza y total entrega, pero no por ello dejaba de escuchar nunca lo que sus entrañas tenían que decirle durante esas duras campañas.

Después de todo, seguía siendo humano... Tal vez por esa razón todo su cuerpo siempre se estremecía cuando llegaba el momento de salir del acoirazado y hacerse uno con el infierno de la guerra.

Justo en ese instante, una ráfaga de alto calibre alcanzó al vehículo e hizo que se agitara y modificara ligera-

desapareció. En la mesa de luz, de su lado, la copa de vino blanco descansaba llena. En su interior yace una rosa negra, con una tarjeta que dice: "Gracias por esta noche". Miles de posibilidades cruzan por mi mente. Me levanto asustado; temo, entre otras cosas, haber sido víctima de un robo. Reviso mis pertenencias, pero todo está en su lugar; no falta nada...

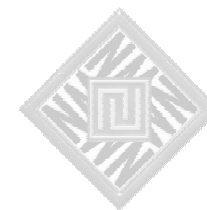
Un poco más relajado, me dirijo al baño para lavarme la cara, despejar-

me un poco y pensar con mayor claridad.

Abro la puerta, miro hacia el espejo y leo con estupefacción tres palabras escritas con lápiz labial: "Bienvenido al club..."

Pero eso no es lo único extraño que comprueban mis ojos: mi imagen no está, ¡no me reflejo!

© MARCELO C. CARDO, 2007.



MARCELO C. CARDO
(Argentina —Lanús, Buenos Aires, 1967—)

Escritor y articulista especializado en la literatura de terror, como consecuencia de su título de contador público. Activo integrante de "Los Forjadores" (<http://forjadores.net>), en **NM 6** publicó *Carmiña "release" 2.0*, distinguido como cuento destacado en el Concurso "Ciudad Escarlata", organizado por el portal Vampiros.cl (<http://www.vampiros.cl/ciudad/>).

EL LÍMITE

GONZALO GELLER

Percibir primero su sorpresa: su desnudo estupor creciendo y creciendo, frente a la mirada que lo perseguía en la cruda simpleza de la habitación. Intentó salir corriendo. Sus piernas respondieron. Intentó cruzar la puerta que daba a la calle. Lo hizo y no lo hizo; vio por los ojos del hombre, en la cama del hospital: el hombre vio entonces, por sus ojos débiles y asustados, el resplandor de la última calle que vería en su vida.

Era tarde.

Eran uno.

Intentó correr: ambos lo intentaron en el mismo cuerpo, mientras quedaban también inmóviles en la cama de un hospital. Una habitación indescriptiblemente blanca, que perdía sus colores en la penumbra, una habitación, la última.

Intentaron correr, frente a las miradas, la indiferente atención de aquellos que corrían la ciega carrera de sus días. Inmóviles. Una mujer lo miró a los ojos. Ellos la miraron, viendo su propia expresión de desamparo en los ojos pardos de la mujer. Desde sus ojos. La mujer y el hombre se abrazaron, ya sin huir, ya sin el fácil engaño de un lugar determinado del cual huir: los tres percibían la penumbra creciente de la habitación del hospital, los tres eran dos cuerpos entrelazados, abrazados casi sin respirar, heridos de pánico, los tres gritaron al mismo tiempo, refugiándose el uno en el otro, los tres miraron los ojos del chico que iba de la mano de mamá que...

—No mires, Lucas. Dejé que la gente... ¿Lucas? ¡Lucas, vení para acá!

GONZALO GELLER
(Argentina —Santa Fe, 1980—)

Escritor, dibujante y compositor residente en Santo Tomé (Santa Fe, Argentina), en **NM** 4 publicó *Otra Babel*.

unas raíces salidas del árbol y se sentó a observar la lucha desesperada e inútil del joven por salvar su vida. Se carcajeaba junto con Sánchez.

—A eso le llamo Justicia Expedita —dijo Sánchez—. Por fin estoy orgulloso de ti...

© ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ, 2007.



ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ
(Estados Unidos Mexicanos —Jalacingo, Veracruz, 1970—)

Asiduo colaborador en medios como **Axxón**, **NGC 3660**, **Alfa Eridiani** y **Crónicas de la Forja**, en **NM** 2 publicó *Lecciones de guerra*.

Vive en la isla de Cozumel desde 1988 y es padre de seis hijos. Su género favorito es el terror.

—¡Mientes! —gritó López—. ¿Cómo te llamas, cabrón? —Volvió a golpearlo en la nariz.

—Me llamo Michael Sizemore... Ya no me golpees.

—Pues te tengo una mala noticia, Michael. Te acabas de ganar un boleto para irte directo al infierno.

López sacó su pistola y se la introdujo con fuerza por la boca, tirándole los dientes que le quedaban.

—¿Me puedes decir qué chingados estás haciendo? —intervino Sánchez, que se encontraba detrás de López.

—Ya te dije que no te metas. Voy a acabar de una vez por todas con esta lacra —gritó López.

—¿Te das cuenta de que si le pegas un tiro podrían dar contigo si rastrean la bala? ¿Eres güey o te haces? —dijo Sánchez, con tono burlón.

—Siempre tienes que meterte cuando no te llaman —dijo López, enojado.

—¿Cuándo no me llaman? ¿Ya se te olvidó que fuiste tú el que me desenterró de mi tumba e hizo no sé qué conjuro? —dijo Sánchez, que estaba furioso—. ¿No sabes que la ley debe ser justa? El acusado tiene derecho a ser juzgado. Trae la cuerda que está en la cajuela.

El pobre chico se encontraba de rodillas, viendo cómo su torturador hablaba consigo mismo. Aguardaba con resignación el disparo que le volara la cabeza. Cerró los ojos y esperó. En lugar de eso, su captor salió corriendo hacia la patrulla. Volvió con la cuerda en un santiamén.

—¿Y cuáles son los cargos? —preguntó López.

—¿De qué está hablando? —contestó el joven.

—Tráfico de personas, ultrajes a la autoridad —dijo Sánchez, divertido.

—Estás acusado de traficar con personas, amigo; además de insultos y ultrajes a la autoridad. Por tal motivo te condeno a la máxima condena que es... la horca —le dijo López al chico, que, con los ojos cerrados por la hinchazón, no podía creer lo que oía.

—¡Pero qué clase de juego es éste! ¿Se ha vuelto loco? Usted no tiene derecho a tratarme de esta manera. Exijo la presencia del embajador de mi país —dijo el estadounidense como último intento para hacer entrar en razón al desquiciado policía.

López lo silenció con una patada en la quijada. Lo levantó del suelo y lo arrastró hacia un árbol. Lo amarró del cuello y lanzó la cuerda a la rama más fuerte. Empezó a levantarlo. Los pies del joven se despegaron un poco y, cuando empezaba a patallar, lo dejó caer con violencia.

—Demuéstrame tu inocencia, gringo. Demuéstrame que no mereces la horca —gritaba, trastornado, López.

—Te daré lo que quieras; quédate con el dinero —fue lo último que pudo gritar el chico.

—¡Jálalo fuerte y mátalos de una buena vez! —gritó Sánchez.

López obedeció la orden sin chistar. Cuando los pies del muchacho se despegaron del suelo, amarró el otro extremo de la cuerda a

—No puedo, mamá —gritaron cuatro voces en una voz infantil de calma absoluta.

—Lucas, por favor —se paralizó ella al ver el cielo raso en la penumbra, sentir el calor el temblor el miedo de los dos cuerpos, sus propios

pasos infantiles yendo al encuentro de aquella pareja, y correr entonces a intentar evitar que Lucas, que yo, que ellos, que él...

© GONZALO GELLER, 2007.

TRAZOS DE AYER: CHIM

Este argentino, del que poco se sabe y que está totalmente olvidado, trabajó entre la mitad de los '50 y mediados de la década siguiente a un ritmo acelerado. En ese lapso de diez años sus obras aparecieron para varias editoriales, como la importante Bell, pero sin duda su nombre siempre irá asociado con las del editor J. FENTANES (Ediciones Tauria, Ediciones Trébil, Ediciones Clemente, Ediciones Reservada, Ediciones Vorágine). Allí desplegó un verdadero arsenal de habilidades que pusieron al descubierto la talla de un verdadero artista de peso. ¿Cómo no fascinarse ante las féminas perfectas de sus portadas, las escenas de acción y violencia latente? Su uso del pastel no tuvo igual. Hubo otros artistas que se caracterizaron por sus beldades femeninas. PEREYRA hacía mujeres perfectas, fotográficas y de una belleza marmórea. Las de RAFAEL NAVARRO eran exóticas, no siempre lindas, aunque siempre llamativas y coloridas. CHIM era un maestro en retratar mujeres peligrosas. Hermosas y peligrosas, con su estilo tan *fifties*, y retratando toda una época bohemia. Para los lectores de novelas policiales especialmente, durante esos diez años, sus tapas fueron todo un símbolo. Uno de los mejores artistas argentinos del color del siglo xx, aunque casi un desconocido.



© CHRISTIAN VALLINI, 2007.

HE AQUÍ EL HOMBRE

ALEXIS BRITO DELGADO

*Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad?
Eso es lo que significa ser esclavo.
ROY BATTY*

*Como de costumbre, mis superiores me eligen para realizar las tareas sucias.
El comandante Aries ha sido inflexible al respecto. Carezco de capacidad de elección;
debo cumplir las misiones aunque no quiera. En mi profesión no existe el libre albedrío.
El problema, entre otros, es que los rostros de mis víctimas me desvelan por las noches,
clamando venganza. Llevo demasiadas muertes en mi conciencia,
cosa que empieza a afectarme más de lo que debería...
DORIAN STARK*

Fase primera

Desde su posición, la megalópolis se extendía hasta el infinito y ennegrecía el paisaje devastado por la contaminación industrial. Los rascacielos de un kilómetro de altura cubrían su entorno y creaban una jungla de acero veteada por la lluvia constante, que resbalaba sobre los anuncios publicitarios tridimensionales instalados en las fachadas de los edificios. Stark sacó un maletín del maletero del BMW. Con manos expertas, montó el rifle y ajustó la mira telescópica de cincuenta aumentos.

La lluvia arreció y lo empapó de la cabeza a los pies, deslizándose por la gabardina de cuero auténtico que lo cubría hasta los tobillos. Era inmune al frío; un francotirador no experimenta emociones. Su entorno forma parte de su fisonomía. Cansado, se aproximó al borde de la azotea y empuñó el Máuser con ambas manos. La charla

mantenida hacía unas horas con el comandante Aries regresó a su memoria.

—Buenas tardes, sargento.

La fingida cordialidad de su superior le causó asco.

—Buenos tardes, mi comandante.

—*Ha surgido una operación de última hora —explicó—. ¿Se encuentra usted con energías para realizarla?*

La ironía de Aries fue palpable.

Había sufrido una noche colmada de pesadillas; debía distraerse de alguna forma. Los remordimientos de conciencia le eran imposibles de asimilar. El comandante continuó:

—Debe eliminar a John Downer, Stark. ¿Lo conoce usted?

Una impresión de inquietud invadió su interior.

—Tengo entendido que es un ingeniero genético que trabaja para la Corporación Manoora, señor.

—Parece que el gringo dice la verdad —dijo López.

—¿Ya revisaste bajo el asiento? ¿Cómo puedes pasar por alto algo así? Por suerte me tienes a mí para ayudarte. —Sánchez había recuperado su forma mortuoria; un pedazo de carne de su cara putrefacta cayó sobre los zapatos gastados, desde donde se asomaban los huesos de los pies.

Ahí, justo donde había dicho Sánchez, se encontraba una cartera de piel de cocodrilo. López la revisó. Había más de mil dólares en billetes de cien; tarjetas de crédito y una licencia de conducir con dirección en la ciudad de Las Cruces, Nuevo México, a nombre de Michael Sizemore.

—¡Pinche gringo, me mintió! Ahora sí ya me encabronó. Si cree que voy a seguir con sus jueguitos está muy equivocado.

—Te lo dije, pero no me haces caso. Lo supe desde un principio. El gringuito, además de un maldito mentiroso, es... un “pollero” —dijo Sánchez.

—¿Y cómo sabes todas esas cosas?

—¿Pero es que estás ciego? Mira atrás de la camioneta. ¿Pero qué estaría pensando la persona que te contrató?

Cuando López miró hacia atrás de la camioneta y se dio cuenta de a qué se refería el otro. Seis hombres, tres mujeres y dos niños, que se encontraban amontonados al final de la camioneta, lo veían como si fuera un bicho raro. No escuchó todo lo que se decían; sólo alcanzó a oír la

palabra “loco”. No hizo caso del comentario.

—No nos meta a la cárcel, jefe. No hemos hecho nada malo —dijo una mujer.

—Tranquilos; todavía están del lado mexicano. Si quieren seguir tendrán que hacerlo a pata. Al gringo sí me lo llevo —dijo López.

López les abrió la puerta y los dejó ir. Conforme iban bajando, les iba entregando dinero de la cartera.

—Ahora, ese cabrón me las va a pagar todas —dijo López.

—Esa voz sí me agrada. Pero permíteme decirte que la has vuelto a cagar. ¿Ya tienes las pruebas para acusarlo? —dijo Sánchez—. ¡Eres un estúpido! Acabas de dejar escapar a los testigos y de paso les regalaste la evidencia.

López ya no quiso escucharlo. Sí; era un estúpido, pero estaba cansado de que todo mundo se lo repitiera. Caminó hasta la patrulla y sacó de los pelos al joven. Una vez afuera empezó a golpearlo por todas partes. Lo pateó con tanta fuerza en la cara que le partió varios dientes.

—¡Ya, por favor, no me pegue!

Después de unos minutos de apalearlo, tomó un poco de aire; le acercó su cara hasta casi chocar con su nariz.

—¿Me vas a decir por fin cuál es tu pinche nombre? —le dijo, salpicándolo con saliva.

—Ya le dije que me llamo John Wil... ¡Ah! —No alcanzó a terminar; un tremendo golpe le reventó la nariz.

—No me jodas. Sé cómo sacar la verdad a estos maricones.

Tomó del cabello al infeliz, que seguía sin entender qué estaba pasando, y le estrelló la cabeza contra uno de los faros de la camioneta. Un vidrio se le quedó incrustado en la frente.

—John..., mi nombre es John Wilson.

—No le creas nada. Este pedazo de mierda, a pesar de todo, sigue jugando contigo. Revisa la camioneta.

—¿Me vas a dejar hacer mi trabajo o qué chingados? —grito López, bastante enojado.

—¿Con quién está hablando? —El joven estaba más asustado por la actitud de López que por la golpiza.

—Conque te llamas John Wilson... Déjame revisarte.

Buscó en los bolsillos del pantalón y en los de la chamarra, pero no encontró más que un paquete de cigarros y un encendedor. Frustrado, le dio una patada en el estómago. El joven anglo se quedó sin aire. Lleno de dolor, empezó a resoplar hasta que recuperó la respiración.

—Le dije que... me robaron la car... te... ra. —El estadounidense esta vez empezaba a llorar.

—¡Ja! Es increíble que después de semejante golpiza te siga mintiendo. ¡Pero qué huevos tiene el gringuito! —dijo Sánchez—. Revisemos la camioneta para que te des cuenta.

López levantó al infeliz, que no paraba de lloriquear. Lo arrastró hacia la patrulla y lo aventó en el asiento trasero, donde cayó boca abajo.

—¿Pero qué diablos? ¡Sácame de aquí! ¡Este lugar apesta a muerto! —lloró más fuerte el joven—. ¿Qué me vas hacer, maldito mexicano loco?

—¡Cállate y espérate aquí! Es mejor que no me estés mintiendo, porque de lo contrario te vas a arrepentir —dijo López.

Mientras regresaba a la camioneta, pudo a ver a Sánchez como había sido antaño. Tal como aparecía en las fotos del Departamento. Vestía el uniforme antiguo de color azul marino y su gorra. El pecho repleto de medallas y condecoraciones. Lucía impecable, como él siempre lo hubiese querido estar. Treinta años atrás, Sánchez había sido el jefe de Inmigración. Aun después de su muerte era recordado. Durante su mandato hubo una gran disminución de la delincuencia. Aunque abundaron las desapariciones. Ahora que lo veía, pensó: *“¡Qué bien se ha conservado!”*.

—Revisemos el auto. Salgamos de dudas de una vez por todas —dijo López.

—Dime, ¿cuándo me he equivocado? —se burló Sánchez.

—Bueno, si yo también estuviera muerto, sabría muchas cosas —dijo López, molesto.

—Voy a hacer de cuenta que no escuché tu último comentario. No me gustó el tono de voz.

López abrió la puerta del lado del pasajero y empezó a hurgar en la guantera. No encontró nada importante. Un par de condones, unas pastillas para el dolor de cabeza y montones de basura.

El comandante se mostró satisfecho.

—Efectivamente, sargento. Tendrá los datos de su objetivo en su apartamento. Cuando finalice la misión envíeme un informe lo antes posible.

El Agente Ejecutor asintió, apático; no tenía fuerzas para contradecir a su superior.

—De acuerdo, señor.

Con los hombros tensos, introdujo el cargador en la recámara y eligió los ángulos de tiro. La Schneider lo había convertido en un vegetal. Actuaba como un ordenacientista de la peor especie; apenas le importaban las consecuencias morales de sus actos. Downer era humano; no se trataba de uno de sus objetivos habituales: terroristas cibernéticos que atentaban contra civiles inocentes. Dorian odiaba exterminar a sus iguales. Aunque fuera un bioconstruido, se consideraba humano; aún le restaban un cuarenta y ocho por ciento de órganos naturales.

“Los neuroingenieros no han logrado transformarme en una máquina”, pensó. “Mi alma continúa intacta”.

Un calambre lo hizo estremecer; la necesidad de drogarse invadía su cuerpo. Llevaba demasiado tiempo consumiendo anfetaminas. El alemán ingirió tres pastillas; los estimulantes prendieron su anatomía, tranquilizando sus aprehensiones más íntimas. Otra miserable operación; tarde o temprano terminarían volándole la cabeza o, peor aún, una explosión lo haría saltar en pedazos,

arrancándole la escasa humanidad que conservaba.

Durante unos segundos imaginó que avanzaba al bioquirófano, viendo pasar sobre sí el techo del pasillo del hospital, conducido por androides auxiliares, que lo dejarían a merced de los médicos. La imagen le dio ganas de vomitar; la bilis pastosa se agolpó en su garganta, ahogándolo. Llevaba dos semanas sin digerir nada sólido; los injertos habían modificado su fisiología. Tenía mucho en común con las máquinas que tanto despreciaba. Deprimido, apretó el Máuser con fuerza, a punto de destrozar la culata adaptable de carbono, enfocando con sus pupilas fotoeléctricas el otro lado de la avenida.

Fase segunda

En dirección sudeste, entre la polución petroquímica, Stark distinguió la Nueva Ópera de Sydney. Las bóvedas orgánicas quedaban empujadas por las inmensas torres de oficinas que la circundaban. La construcción había perdido su belleza desde hacía siglos; las cúpulas erosionadas eran la prueba evidente de ello. Otra muestra de la decadencia que corrumpía el presente.

“Jørn Utzon se debía sentir orgulloso de su obra”, meditó con acidez. “El gobierno australiano no hizo nada por evitar la degradación de su máximo estandarte”.

Levantó la cabeza. Los carriles luminosos de la aeroautopista refulgían como luciérnagas, recorridos por miles de deslizadores en movimiento. Un zumbido le hizo desviar la atención del tránsito avasallador; un magnetotrán

se deslizó bajo su posición, torciendo hacia el ala izquierda del rascacielos, perdiéndose en la oscuridad de la noche temprana. Dorian apuntó a la entrada del Hotel Shangri-La; las líneas del teleobjetivo danzaron ante sus ojos, formando una cruz mortífera. Miró el Omega de pulsera: 20:07; su objetivo estaba apunto de salir al exterior. ¿Por qué sus superiores querían ver muerto a aquel hombre? Las dudas corroían su espíritu; tenía la impresión de estar obrando de manera equivocada. Últimamente se encontraba demasiado emotivo; aquello jamás le hubiera sucedido en el pasado.

“Me he vuelto un sentimental”, pensó. “Las anfetaminas me han quemado el cerebro”.

Sabía que debía separar lo personal de lo profesional, pero no lograba evitar la animadversión que punzaba su corazón. La idea de asesinar a sangre fría a John Downer, sin un motivo justificable, le producía náuseas. Si fracasaba, o si desobedecía las órdenes, conocía el resultado de antemano: consejo de guerra, paredón de fusilamiento, doce balas de mercurio y tiro de gracia.

Una escolta aparcó ante las dobles puertas de fibra de vidrio. El Agente Ejecutor analizó la escena: un Subaru último modelo con cuatro agentes vestidos de paisano, dos tanquetas de combate Nissan con cristales semiopacos que no le permitieron ver a los pasajeros, y una limusina Honda blindada, de fabricación franco-japonesa. Una corriente de electricidad recorrió sus nervios; estaba en inferioridad numérica. En el *dossier*

que recibió del Departamento no se especificaba nada de una comitiva de protección. Irritado, entrecerró los ojos grises.

La misión era una locura; no podía enfrentarse a tantos hombres sin una unidad de combate bajo su mando. Por enésima vez, quiso destruir a sus superiores; detestaba poner en juego su vida. Al parecer, los intereses de la Schneider eran más importantes que un simple sargento de la Orden de los Centinelas.

“¿Qué puedo hacer?”, reflexionó. “Si localizan mi posición seré hombre muerto”.

Lamentó no haber tenido la oportunidad de preparar su equipo: un Máuser 750, dos W-PPK, y cuatro cápsulas adherentes de trinitrotolueno no eran armamento suficiente para enfrentarse a sus enemigos. Además, debía tener en cuenta otro detalle: sus ropas carecían de sistema de camuflaje; los soldados de Downer podrían seguir su rastro utilizando escáneres termográficos.

Su objetivo cruzó la calle, acercándose a la limusina, donde un chofer lo esperaba, uniformado con un traje oscuro.

El alemán dudó; el índice se le crispó sobre el gatillo. La idea de ser cazado no le agradaba en absoluto; nunca se acostumbraría a los riesgos que implicaba su profesión. Involuntariamente, un espasmo producido por los efectos secundarios de las pastillas le contrajo el dedo. La bala rebotó contra la ventanilla de la limusina. La escolta empuñó las automáticas. Downer se arrojó al suelo, aterrado, buscando refugio.

—Está jugando contigo. No lo dejes ganar —dijo Sánchez, burlón.

—¿Puedes callarte?

—En mis tiempos era diferente —recalcó Sánchez.

—¡Carajo! ¿Puedes cerrar el hocico o qué?

López se bajó de la patrulla enojado. Cerró la puerta de un portazo. Sánchez ya iba caminando rumbo a la ventanilla de pasajero. López encendió su linterna de mano y enfocó al conductor; era un hombre como de veinticinco años, de aspecto anglosajón. El joven se cubrió la cara al sentirse deslumbrado.

—Muéstreme su licencia y tarjeta de circulación —dijo López.

—*What?* —contestó el hombre.

—Te dije que está jugando. Se está haciendo güey.

—Le voy a repetir la pregunta. Y quiero que me la conteste en español —dijo López, que empezaba a molestarse.

—Lo siento, no hablo español —dijo el hombre, fingiendo una sonrisa.

—Te estás dejando ganar. En mis tiempos teníamos nuestros métodos y nunca nos fallaban —dijo Sánchez; con una mueca mostró sus dientes podridos.

López tomó por la camisa al joven que lo miraba confundido. Sin decir una sola palabra le soltó un golpe en la cara con todas sus fuerzas. Empezó a salirle sangre de los labios, que se comenzaron a hinchar.

—¿Pero qué le pasa, maldito cerdo? —gritó el joven.

—¿Ves? ¡Te lo dije! —gritó Sánchez, triunfante—. El bastardo se está divirtiendo contigo.

Una vez más López descargó su furia sobre el rostro del joven. Luego lo aferró por el cabello y lo jaló como a un muñeco para sacarlo de la camioneta. El estadounidense aterrizó como a dos metros, sobre unas piedras. López fue por él. Le dio la vuelta y le colocó las esposas. Tan apretadas, que estuvo a punto de dislocarle el brazo.

—¿Conque no hablas español? ¡Maldito gringo! —dijo López, mientras lo arrastraba de vuelta a la camioneta—. Dime dónde está tu licencia y tu tarjeta de circulación.

—No tengo, oficial; me robaron mi cartera. Se lo juro —dijo el muchacho con voz entrecortada.

—¡Miente! ¿Vas a permitir que siga viéndote la cara de idiota? —dijo divertido Sánchez.

—¡Ya te dije que dejes de estar chingando! Déjame hacer las cosas a mi manera —gritó López.

El muchacho volteó a ver con quién estaba hablando el policía. Abrió lo más que pudo los ojos amoratados, pero no vio a nadie.

—¿Me está hablando a mí? No entiendo.

—Pregúntale cómo se llama —dijo Sánchez.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —vociferó López.

El joven no contestó. Se quedó callado, sin hacer caso a los gritos del policía. Escupía coágulos de sangre sobre la arena.

—Si no sabes cómo llevar un interrogatorio... Yo te diré cómo hacerlo. Pareces un novato —dijo Sánchez, que acariciaba su cachiporra con las manos despellejadas.

JUSTICIA EXPEDITA

ERATH JUÁREZ HERNÁNDEZ

Los agentes López y Sánchez vigilaban la carretera estatal cerca de la frontera con los Estados Unidos. La luz de los faros de la poderosa patrulla era lo único que se alcanzaba a ver alrededor. En la noche fría y silenciosa, hasta se podrían oír los pasos de una hormiga...

Después de rondar de ahí para allá, se estacionaron detrás de un anuncio que decía: "Bienvenido Paisano". López apagó los faros y bajó el volumen del radio. Su reloj marcaba la una de la madrugada. Le faltaban seis horas para terminar el turno. Sánchez subió las piernas, que se encontraban en un avanzado estado de descomposición, sobre el tablero del auto.

—Parece que esta noche no veremos acción —dijo Sánchez, con un bostezo.

López pudo verle los dientes a través de las mejillas perforadas por los gusanos.

—Me siento cansado —dijo López—. Llevamos tres días sin arrestar a nadie. No me he reportado con la central de pura vergüenza. Van a

decir que estoy quedando ruco. —Se detuvo, pensativo, repiqueteando los dedos sobre el volante—. Te dije que ya pocos toman éste camino —agregó.

—No sé por qué, pero tengo un presentimiento —intervino Sánchez, mientras bajaba las piernas.

López sacudió los gusanos que habían quedado sobre el tablero, justo cuando un rugir de motor, a lo lejos, lo puso alerta de nuevo.

—Sánchez, nunca te equivocas. —López estaba sorprendido.

Una camioneta del tipo *van*, con vidrios polarizados, pasó "como alma que lleva el diablo" rumbo al lado estadounidense. López salió tras él pisando hasta el fondo el acelerador. Se inició una persecución que terminó cuando el del vehículo advirtió que no tenía posibilidad de escapar y se detuvo a un lado del camino. Apagó las torretas y habló por el altavoz.

—Saque las manos donde las pueda ver.

No recibió respuesta alguna.

Aturdido, Dorian intentó reaccionar. Su mente estaba en blanco. Aquel error merecía la peor de las muertes.

Un soldado rastreó su posición. Otro se echó al hombro un lanzacohetes AT 30. El misil antipersonal avanzó en su dirección a trescientos metros por segundo, dispuesto a aniquilarlo. Por suerte, sus reflejos perfeccionados biónicamente tomaron el control, haciendo que saltara a un lado en el último segundo. El deslizador saltó en pedazos; la onda expansiva lo levantó del suelo, arrojándolo a diez metros de distancia. Su cuerpo abolló un condensador eléctrico. El impacto le arrancó un grito, antes de que se desplomara en el suelo.

Stark sacudió la cabeza, ignorando el dolor de su costado derecho. Debía tener alguna costilla rota; esperaba que no le hubiera traspasado el pulmón. Las llamas se elevaban a su alrededor, desdibujando la azotea llena de escombros calcinados. El hedor de la gasolina quemada le hizo reprimir una arcada. Con los ojos enrojecidos por el humo, reptó entre los restos del BMW, acercándose a la salida de emergencia. Sabía que sus oponentes iban detrás de su rastro. No descansarían hasta conseguir su cabeza; escapar era una prioridad primordial.

De una patada, arrancó la puerta de sus goznes, pasando al interior del rascacielos, con una W-PPK en la mano. El alemán preparó una cápsula. El explosivo magnético era una trampa mortal; el primero que bajara por las escaleras sería un cadáver. Una rociada de plomo segó sus huellas. Cua-

tro agentes botaron del Subaru; el fuego irradió los cañones de las Glock. La caza comenzaba...

Fase tercera

El Agente Ejecutor aferró la barandilla; bajaba los escalones de cuatro en cuatro, con una expresión demoníaca en el rostro. A su espalda, escuchó el alarido de uno de sus rivales; el perímetro electromagnético de la cápsula lo había abrasado. Los agentes lo maldijeron.

—¡Hijo de la gran puta!

—¡Vamos a acabar contigo, cabrón!

—¡Te arrancaré los cojones!

Dorian esbozó una sonrisa torcida: "Intentadlo, bastardos", pensó. "No moriré solo".

Una descarga le lamió la mejilla. Stark se pegó a la pared, esquivando los proyectiles. Segundos más tarde, emergió entre las sombras, agotando el tambor; sus balas picotearon las escaleras. De un salto, llegó a un rellano; a su diestra se abría un pasillo. De manera instintiva recargó el arma; después desfiló por el corredor, sacando del arnés de nailon otra pistola.

No era la primera vez que pasaba por aquella experiencia; de hecho, una década atrás estuvo a punto de morir por el impacto de un misil ruso. Cuando despertó en la clínica era un bioconstruido. No volvió a ser la misma persona, los implantes dividieron su humanidad, acercándolo a la hibridación absoluta.

Exhausto, se detuvo un momento, para ingerir un puñado de anfetami-

nas. El costado le ardía; parecía que tenía una barra al rojo vivo pegada a la piel. Por suerte, las placas de blindaje de la trinchera resistieron la detonación; de lo contrario, habría estado perdido. Tres siluetas familiares aparecieron al fondo del pasillo. El alemán se ocultó detrás de una esquina, esquivando la andanada que acibilló las paredes. Uno de ellos aulló, victorioso: —¡Ya es nuestro!

Aquella frase fue su epitafio. Un estampido le taladró el cráneo, esparciendo su cerebro contra sus compañeros.

—¡Mátale, joder!

Un agente elevó el lanzacohetes. Dorian se anticipó a su enemigo; cerrando la puerta que tenía en frente a balazos, entró en la vivienda. El misil estalló detrás de su espalda; la onda expansiva lo proyectó hacia el salón del hogar, haciéndolo derribar un sofá forrado con plexiglás. Rodó sobre sí para apagar el uniforme en llamas, con los dientes apretados. El sufrimiento era insoportable; su cara quedó cubierta de ampollas. Tenía quemaduras de segundo grado.

Su campo visual abarcó a una familia musulmana —hombre, mujer y dos niños—, que lo contempló aterrorizada, sorprendida por la intrusión que había violado su hogar. Stark gritó, con voz ronca: —¡Al suelo!

Una granada rodó dentro del apartamento; el alemán le propinó una patada, devolviéndola a sus adversarios. Un chillido acompañó a su acción: —¡Mierda!

El estampido de fósforo despidió una bola de fuego; un soldado bramó con el cuerpo inflamado, corriendo como un loco, hasta convertirse en una momia ennegrecida.

—¡Fuera de aquí! —ordenó—. ¡Rápido!

A empujones, metió a la familia dentro de la cocina. Uno de los críos lloraba; sin querer, le había partido un brazo. El esposo le dio un puñetazo en la mandíbula.

—¡Basura! —exclamó en su propio idioma.

El alemán lo dejó inconsciente de un golpe.

“Has tenido suerte, amigo”, pensó. “Cualquier otro te hubiera liquidado”.

Olvidó a los musulmanes; tenía cosas más importantes por las que preocuparse, buscando al último agente con la W-PPK alzada. Un inesperado silencio cubrió la vivienda. Sus afilados sentidos estudiaron el ambiente que lo rodeaba. El soldado superviviente había huido; estaba solo en aquellos momentos. Entonces, un foco envolvió su figura; las Nissan flotaban detrás de las ventanas, preparadas para abrir fuego...

Fase cuarta

Sin pensarlo, rompió los cristales, saltando al exterior del edificio. Su miembro biónico aferró la escalera de emergencia de la fachada; el tirón estuvo cerca de dislocarle el brazo, mientras la infinitud se abría bajo sus pies. Las alturas lo marearon; una corriente de aire le hizo perder el equilibrio, desplomándose en la pa-

LERNER, ERNESTO: *Egoísmo* (4-44).

OESTERHELD, HÉCTOR G. - NAPOO, LEÓN: *¡Guerra de los antartes!* (14-18, 15-20 y 16-14, inconclusa).

PERGAMENT, RUBÉN: *Nata montada* (3-82).

TELLO, ROLANDO: *La piedra del Génesis* (8-22).

VÁZQUEZ, EDUARDO: *Neogénesis* (10-15).

Poemas

BARBIERI, DANIEL: *El planeta del otro / Sobre el tiempo, un domingo / No un tren cualquiera* (8-49).

BENÍTEZ, LUIS: *Behering* (10-21).

CHIACCHIO, HORACIO: *Poema* (1-48).

ETCHEGOYEN, JUAN: *Tómela bien helada* (15-16).

JURISICH, MARCELO: *Devastación* (14-53).

MOURELLE, DANIEL, y otros: *La ronda de Almarmira* (2-53).

NARI, FORTUNATO: *Noticia: hallazgo de un planeta extraviado* (9-20).

OBES FLEURQUÍN, FÉLIX: *Cacho, tu cuerpo insepulto* (11/12-80).

PEREIRA, TERESINKA: *El poema de hoy* (8-48).

UDIÑO, ROBERTO: *Burdel tanguero del año 2000* (13-21).

HACEDORES DE “NUEVOMUNDO” (II)

Con este listado (que complementa al incluido en el nº 3) se completa el recuento de todos los autores que aparecieron en las páginas del *fanzine* **Nuevomundo**, a lo largo de sus 16 entregas. Junto al título de la participación figuran los números de las revistas y los de las páginas donde fueron publicados.

Notas (ensayos y editoriales)

- BENÍTEZ, LUIS: “El interior” (9-11, del libro *Juan L. Ortiz, el contra-Rimbaud*).
- CROCI, DANIEL: “Las dos maneras de escribir” (1-2); “Zonceras” (2-2); “1984” (3-2); “Cronología de la CF en la Argentina” (3-70 y 11/12-64); “Tesis para una nueva literatura fantástica nacional” (4-39); “CF y periferia” (8-11); “Polémica (Réplica a Emilio Serra)” (11/12-76); “La contramodernidad y la CF periférica (o ‘sudacabárbaros vs. cholulos’)” (13-2).
- CRICCO, VALENTÍN, y otros: “Marechal, el otro” (8-4, fragmento del libro homónimo).
- GOORDEN, BERNARD: “Entrevista a Bernard Goorden” (11/12-59, versión completa de un cuestionario que fuera transcrito de modo parcial por la revista mexicana **Plural**).
- GUARAGNO, LILIANA: “Felisberto Hernández” (8-2).
- HASSON, MOISÉS: “Desempolvando: ‘Narraciones Terroríficas’” (14-49).
- MORENO, HORACIO: “¿Cultura nacional vs. cultura universal? (Crítica de la concepción axiológica)” (11/12-1).
- PLAZA, ROBERTO J.: “Ingeniería genética” (1-49 y 2-31).
- REY, RICARDO: “Narrativa argentina de terror” (5-49).
- SARLINGO, MARCELO, y otros: “Fantasía y CF en nuestro continente” (3-69).
- SÁNCHEZ, CLAUDIO: “Sobre el verano porteño, el desagüe de la bañadera y la meteorología” (5-27); “El fuego... El agua... El viento... El sol...” (9-33).

Historietas

- BARBIERI, DANIEL - ANDAUR, CLAUDIO: *No morir* (15-4).
- BARBIERI, DANIEL - LERNER, ERNESTO: *La brujita* (9-21).
- FEDERICHI, LUIS: *Homenaje* (11/12-26, publicada originalmente en **O no**, nº 1).
- GARCÍA ESPIL, EDUARDO: *Bajo un sol de guerra* (8-15).

sarela inferior. La adrenalina lo incorporó; el corazón le bombeaba aceleradamente, silenciando el fragor de los motores gemelos de las tanquetas.

Una Nissan descendió en su dirección, disparando; los proyectiles levantaron violentas chispas. Dorian avanzó hacia el piso inferior, agachando la cabeza, con una cápsula de trinitrotolueno en la zurda. La mina magnética trazó una elipse, pegándose a la torreta de la Nissan, el único punto débil del monstruo metálico. El estallido lo dejó sordo durante unos instantes; serpientes eléctricas bañaron el fuselaje del vehículo, electrocutando a sus ocupantes. La tanqueta giró de modo incontrolado, herida de muerte, hundiéndose en el abismo. Frenético, continuó su carrera hacia el nivel de la calle; no tenía tiempo de disfrutar de su pequeña victoria.

La segunda Nissan se abalanzó sobre él; una bala le dio en la pierna, perforándole el muslo de parte a parte. Stark volvió a gritar. Nunca logró soportar el dolor de los injertos biónicos; prefería ser herido en cualquier órgano natural, aunque ello supusiera una pérdida irreparable de su porcentaje humano. Sudaba; se encontraba enervado. Había sufrido múltiples lesiones; la idea de abandonar pasó por su mente.

“No quiero caer en manos de Downer”, reflexionó. “Si me cogen vivo me torturarán hasta la muerte”.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, la voz del piloto sonó a través de un altavoz estereofónico, reverberando entre pulsaciones de estática.

—¡Va a morir! —gruñó—. ¡Acabaremos con usted!

El magnetotrán apareció a lo lejos; los faros del vehículo alumbraron el lateral del rascacielos, propagando el silbido de los vagones en suspensión. El alemán esbozó una mueca macabra: —¡Nunca!

Tomó impulso con la zurda y brincó por encima de la barandilla, atravesando el aire sobrecargado de ozono. El vacío lo circundó; sus piernas chocaron contra el techo del vagón y abollaron la superficie de acero. Tres cuchillas emergieron de su puño, clavándolas hasta los nudillos, sujetándolo al vehículo en movimiento.

El magnetotrán volaba a enorme velocidad, recorriendo las amplias avenidas, surcando los cielos ensombrecidos. La tanqueta siguió su rastro; implacable, persiguiendo al transporte público, ganando terreno por momentos. Con un terrible esfuerzo de voluntad, abrió el techo con las garras cibernéticas, aterrizando dentro del vagón. Los escasos pasajeros se pusieron en pie, espantados, apartándose de su figura ensangrentada, retrocediendo al otro extremo. Dorian disparó hacia arriba.

—¡Largo! —masculó—. ¡Fuera de aquí!

No tuvo que repetir sus palabras; quince personas salieron despavoridas, desapareciendo de su vista. Recargó la W-PPK. Había llegado al límite de su resistencia; sólo quería llevarse por delante a todos los rivales que pudiera. Morir le traía sin cuidado.

Con estrépito, la Nissan atravesó la parte trasera del vagón, desgarrando las paredes metálicas. Utilizando las reservas de energía que le restaban, Stark trepó por la carrocería del vehículo, impulsado por una locura asesina. El Agente Ejecutor arrancó la escotilla de salida con las cuchillas, vaciando el cargador de la pistola en el interior de la tanqueta. Los proyectiles cruzados causaron una carnicería; sus enemigos lanzaron bramidos de agonía. Al momento, quitó el seguro de una cápsula, echándola dentro de la cabina para redondear el trabajo. Cuando se disponía a saltar para ponerse a salvo, resbaló y de pronto se desvaneció en el abismo. La calle ascendió; el estómago le subió a la garganta. Las luces de la megalópolis bañaron sus facciones. Su miserable existencia había terminado...

Fase quinta

Sobresaltado, el alemán volvió a la realidad, con el cuerpo bañado por un sudor frío. Intentó quitarse el casco, pero tenía las manos atadas a ambos lados del sillón. Tuvo que esperar a que el psicólogo soltara las correas. El hombre puntualizó con malicia: —Ha fracasado en el test de evaluación, Stark.

Su respuesta fue cortante: —Ya lo sé.

Se puso en pie, frotándose las muñecas, intentando librarse de los efectos residuales del holograma que aún punzaba su cerebro. Desprecia la alta tecnología; prefería la antigua galería de tiro antes que pasar

por aquella porquería. Instintivamente, se acarició el rostro. Las heridas fueron demasiado reales; tenía la sensación de tener la cara llena de quemaduras.

Los fluorescentes del techo le lastimaron las pupilas. Se puso las gafas de sol para evitar el blanco cegador de las luces; no le gustaban los lugares tan iluminados. El hombre tomó asiento detrás de una mesa de titanio. Estudiando la pantalla de un Sony, corroboró los datos ofrecidos por la máquina. Una expresión de desagrado llenó sus facciones.

—Desprecio a sus superiores, depresión constante, incapacidad de improvisación, cobardía ante el enemigo, conducta temeraria, baja forma física... ¿Tiene algo que alegar al respecto, sargento?

El Agente Ejecutor no se molestó en ocultarle su repugnancia.

—Me encantaría verlo a usted en mi lugar, Lindemann.

El psicólogo enrojeció de rabia.

—¡Esto es un asunto serio, Stark!

Dorian sintió ganas de romperle el cuello.

—Para usted es fácil criticar mi trabajo—puntualizó—. En la retaguardia todo es diferente, ¿verdad?

Lindemann entornó los ojillos porcinos con crueldad.

—Daré parte de su insubordinación al comandante Aries —dijo—. No necesitamos a hombres como usted en el departamento.

El alemán se encogió de hombros.

—Haga lo que quiera, Lindemann.

El psicólogo destiló veneno.

—Desde ahora, hasta nueva orden, queda fuera de servicio. Sería

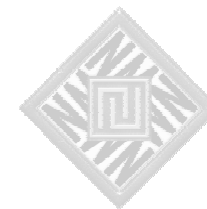
guir su silueta a lo lejos. Se desvanecía en medio de las dunas.

Nunca supe si fue un sueño o si había ocurrido realmente que la abuela del cuadro salió caminando de la casa, pero envolví lo que quedaba de la caja de pinturas, con los polvos y los líquidos y los enterré debajo del jazmín en flor que tengo yo también trepando por los muros, cuyo olor penetrante sigue aleteando por los

corredores de maderos rechinantes. Y nunca supe más nada de aquel visitante encapuchado que llegó una tarde de eclipse, aunque, en recuerdo de la abuela, también en mi casa la mesa está puesta los domingos y el plato del forastero espera.

Quizá algún día regrese, a deshilar misterios ancestrales.

© ADRIANA ALARCO DE ZADRA, 2008.



ADRIANA ALARCO DE ZADRA
(Perú —Lima—)

En **NM 6** publicó *La visita*. Creció en Lima y viajó a los Estados Unidos de América e Italia, donde permaneció estudiando algunos años.

Traductora y escritora, algunos de sus cuentos, poemas, dramas y canciones fueron publicados en los Estados Unidos de América, Italia, España, Ecuador y el Perú. Ha escrito sobre las plantas, la geografía, los minerales y los animales de su país y ganó varios premios de teatro infantil en España y el Perú.

Sus cuentos de ciencia ficción —temática que abordó hace no mucho— han sido publicados en revistas y *fanzines* de España, México, el Perú y la Argentina.

No eran flores vivas; eran de un material plástico brillante. Me sorprendí muchísimo. Las mágicas pinturas hacían desprenderse a las imágenes del cuadro en todas sus dimensiones y tenía a mi lado un vaso con las flores que había plasmado en la tela el día anterior. Arreglé las hojas, pasé los dedos por los tallos; los pétalos y hasta las espinas eran suaves.

Quedé tan asombrada que esa tarde me apresuré a llenar la tela con otro dibujo y diseñé una mariposa que cubrí de colores de los más variados. Era tan bella que hasta parecía verdadera y que fuera a salir volando de su encierro.

Pero al día siguiente encontré a la mariposa cerca del cuadro, con los mismos colores. La llevé afuera y estaba hecha de una tela plastificada tan diáfana y delicada que volaba con la brisa. Pero no estaba viva. No podía pintar la vida y los objetos saltaban fuera del cuadro pero no respiraban. Eran cosas y no seres.

De lo más intrigada con este misterio, seguí pintando en la tela con las pinturas de la abuela y continuaron apareciendo en la casa una cantidad de cosas que se desprendían y revoloteaban igual a la mariposa, y eran objetos como botes, casitas en miniatura, arbolillos, montañas, casi todos de materiales plásticos de colores, diáfanos y brillantes.

Entonces, recordé que la abuela nos hacía jugar con los muñecos más extraños que podían imaginarse y que nunca habíamos visto en ningún otro lugar. Probablemente todos eran producto de su fantasía y de las pinturas

mágicas del forastero. Muñecos que saltaban del cuadro en la noche y aparecían como objetos al día siguiente.

Seguramente, no eran de este mundo. Así tuve la certeza de que también aquel forastero del día del eclipse era un extraterrestre, como otros comensales que compartieron la mesa dominical y, probablemente, la abuela lo sabía.

Como seguí pintando, se fueron acabando los tubos de pintura y la casa se fue llenando de objetos brillantes y llenos de color. Con las últimas pinceladas de las brochas, quise hacer un cuadro memorable, y pinté a la abuela con el canario celeste en la mano, como estaba en la foto que tenía de ella de pie en la escalera de la entrada. Quise usar los polvos y mezclé las pinturas con los líquidos que quedaban en los frascos. Al terminar esparcí sobre el cuadro la arena granulada de los frascos y le dio un tono de pintura antigua y sobria.

Cuál no sería mi sorpresa cuando al día siguiente, al despertar, me encuentro con la abuela que deambula por la casa con el canario celeste pianto en su mano, igual como la había dibujado en el cuadro. Era más pequeña de lo que yo la recordaba, o quizá así había bajado del cuadro y, al verme, me sonrió.

“Gracias”, me dijo, “por haber liberado mi espíritu. Has hecho bien en usar los polvos mágicos. Ahora sé a dónde debo dirigirme”. Y con paso leve, salió de la casa y se dirigió hacia el desierto hasta que la arena se levantó con el viento y no pude distin-

una locura asignarle a un pelotón de la Orden de los Centinelas. Con razón pierde al noventa por ciento de sus efectivos durante las operaciones de exterminio.

La declaración le resultó indiferente.

—Me parece estupendo.

Lindemann siguió adelante: —Además, lo enviaré a una clínica de reposo; los narcóticos empiezan a pasarle factura. Usted aprovecha la excusa de los injertos mecánicos para drogarse con impunidad.

Dorian fue sarcástico: —Debería tomar unas cuantas anfetaminas, Lin-

demann. Despejarían su puerca mentalidad de burócrata.

El psicólogo estaba al borde de la apoplejía.

—Salga de mi oficina, Stark.

El Agente Ejecutor dio la media vuelta. La presencia de Lindemann le producía aversión. Se alejó con sus pensamientos del despacho insonorizado.

“Es la primera vez que me sancionan”, meditó. “Tarde o temprano tenía que suceder...”.

© ALEXIS BRITO DELGADO, 2007.



ALEXIS BRITO DELGADO
(España —Tenerife, 1980—)

Autor de la novela *Luz blanca/Calor blanco* (Ediciones Parnaso, 2007), ha participado, por ejemplo, en **Nexus**, **Velero 25**, **Aurora Bitzine**, **Rescepto**, **Sociedad Tolkien Española**, **Portal de Ciencia Ficción**, **Jack Blade Runner Page** y **NGC 3360**.

Sus escritores favoritos son WILLIAM BURROUGHS, MICHAEL MOORCOCK, J. G. BALLARD y PHILIP K. DICK, entre muchos otros.

EL MARISCAL

EDUARDO LAENS AGUIAR

Alguien debe hacer algo. Y si ese alguien debo ser yo; ya no me importa. ¡Maldita sea por siempre la hora en la que el Mariscal llegó a nuestro pueblo! El peso del hacha en mi mano me confiere seguridad, la tranquilizadora seguridad de que esta empresa llegará a buen puerto.

Porque, ¿cuánto es mucho? ¿Cuándo es el momento de decir basta? Tres niños no habían sido mucho. ¿Ahora cinco lo son? ¿Esperarán a que sean más? ¿Hasta diez? ¿Doce?

Desde que apareció por la pulpería, con su andar engreído y su tono de voz petulante, todos desconfiaron de él. Pero ahora que hay que actuar, que hay que hacer de tripas corazón y decir “basta”, cada cual pone una excusa, una duda, un temor por delante, con tal de escaparle a la obligación ciudadana de buscar justicia. ¡Carajo! ¿Cómo pueden ser tan cobardes?

Aprieto el paso, es mejor apurar el trámite. Sé que si dudo o me retraso puedo no hacerlo, caer en la de-

sidia del resto, en apariencia contagiosa.

En los tramos de oscuridad, entre farol y farol, la mente se me dispara incontrolable hacia los recuerdos.

¡Marquitos! ¡Por qué justo a él! Que siempre hizo el bien, que siempre ofrecía su mano sin dudarlo, que regalaba sonrisas a cambio de nada. Cinco años y más conciencia y bondad que muchos de cincuenta que hoy hacen la vista gorda, que apuntan con el dedo al Mariscal, pero bajan la vista en cuanto éste los mira de frente.

Ya veo su caserón, “El Manantial”, titilando en la oscuridad del campo. Ni un solo vecino me cruzó en el camino, ni a caballo ni a pie. Creo que es mejor así. Si tengo que dar explicaciones prefiero darlas después, no antes.

Trato de recordar la cara del Mariscal, para que su odioso recuerdo me dé fuerzas. No es fácil lo que debo hacer. Su mirada altiva, con el mentón por delante, su media sonrisa

te desconocida que tocaba a la puerta y nunca dejaron irse a nadie sin darle un plato de frijoles con arroz y algún chorizo hecho en casa.

Esa mañana fue especial pues a cierta hora empezó un eclipse que oscureció los alrededores como si fuera otra vez a anochecer, y la pálida luz que reflejaban las puertas con vidrios de colores era fantasmal.

Llegó el forastero cubierto con una capucha y la abuela lo hizo sentar en la mesa dominical. Los nietos estábamos callados pues el eclipse nos tenía a todos en expectativa; que si saldrá otra vez el sol, que si tendremos siempre niebla, que si la oscuridad aplastará con su silencio nuestras vidas...

El encapuchado comió sus frijoles sin descubrirse y no le veíamos la cara. Estábamos insólitamente inmóviles contemplando las velas prendidas en los candelabros. Sólo el menor lo observaba inquieto, de reojo, tratando de verle la cara, pero sólo vio su mano de dedos increíblemente largos. El tenedor le temblaba por un miedo escondido y los ojos se llenaban de lágrimas y de mocos la nariz, que se refregaba con el revés de la mano.

Yo, en cambio, me sorprendí de que la abuela no le pidiera que se quitara la capucha, ya que veía que, en general, nadie se sentaba a la mesa con la cabeza cubierta ni de sombreros, ni de chales ni de mantas. Ella, en cambio, le habló con consideración y simpatía, contándole de sus muchos nietos, de sus hijos en el campo que cosechaban uva y algodón; del vino que era de la producción familiar así

como también el pisco de antigua receta de aguardientes. No le molestó la capucha ni la intransigencia de dejársela puesta al momento de comer.

Al retirarse de la mesa, había terminado el eclipse y todo volvió a la normalidad. De debajo de su manto talar sacó el forastero una caja de madera y se la entregó a la abuela, en agradecimiento. Contenía tubos de pintura al óleo y brochas. Vi pintar a la abuela muchas veces en la tela que tenía en la sala, pero nunca logré ver los cuadros terminados.

“Para que no te falte nada”, le dijo el encapuchado antes de enrumbar hacia el desierto. No era, pues, una mala persona. Era amable y agradecido, aunque misterioso. Por más que preguntamos y comentamos luego sobre el extraño color y la forma de sus manos, la abuela nos apostrofó y nos hizo guardar esos recuerdos en los sótanos de la memoria.

Aquella misma caja, regalo del forastero que había compartido la mesa dominical, fue la que encontré bajo la tina de patas de león en el cuarto de baño de la abuela, meses después de su fallecimiento. Me entregaron los tíos la caja, de recuerdo, así como una tela en blanco.

Además de los tubos y las brochas, encontré una fila de pequeños frascos con líquidos unos y otros con polvillos. Decidí probar las pinturas de la abuela. Cuando terminé mi primer cuadro estaba orgullosa. Era un vaso con rosas, lirios y azucenas.

Al día siguiente, el cuadro estaba en blanco y el vaso con flores se hallaba en la mesa adyacente.

EL FORASTERO PRODIGIOSO

ADRIANA ALARCO DE ZADRA

Cuando desapareció la abuela, pensé que se había ido como sus pinturas que se desvanecían de un día para otro.

Pero no, luego supe que había fallecido y enterraron su cuerpo en el cementerio del pueblo en medio de los algarrobos, aunque siempre pensé que su espíritu vagaba por la vieja casona aconsejándonos al oído, sonriéndonos con bondad y haciéndonos descubrir secretos escondidos.

Después de la noticia, llegamos una tarde a la casona donde habíamos pasado tantos domingos felices en medio de la algarabía de los primos y de los regaños de la vieja negra Ignacia, manchada de hollín y de grasa en la oscura cocina cerca al gallinero. Todo era tristeza por la ausencia y ni el gallo cacareaba. Los tíos estaban taciturnos, las tías vestían de negro y no reinaba esa alegría ni ese pacto cómplice entre los primos que transformaba los domingos, en casa de la abuela, en días de conspiración, confabulación e intriga.

Encontré los tubos de óleos y sus brochas de pelos de marta gastadas por el uso dentro de una caja de madera. También traía una tabla para mezclar los colores. Fue esa misma tarde que llegamos a repartir algunos objetos de recuerdo que pertenecieron a la abuela. Descubrí la caja de pinturas detrás de la enorme tina de metal esmaltado con patas de león donde me escondía de chiquilla. La misma que quedaba en el cuarto de baño de losetas blanquiazules y que nos parecía una piscina cuando nos bañábamos adentro. Allí estaba, envuelta en una tela, debajo de la tina.

Yo recordaba que aquella caja fue el regalo de un forastero que compartió la mesa dominical en la casa solariega de la abuela. Evoco esa mañana calurosa mientras aleteaba en los zaguanes el penetrante olor a jazmín que florecía en una esquina de la huerta.

Ponían en su casa, los domingos, el plato del forastero en una esquina de la mesa, pues pasaba por allí gen-

sobradora, su actitud desafiante. Se dice retirado del ejército por una herida en batalla, de la cual no hay evidencias visibles, y aun hace gala de su uniforme, sable incluido; un atuendo que intimida a más de uno en el pueblo. ¡Dios, cómo lo detesto!

Estoy seguro que el culpable de las desapariciones es él. El primero de los niños, Luisito, desapareció el día anterior a su llegada. Tenía miedo de cometer una imprudencia, pero Clara, Jorge y Don Dionisio también acusan al Mariscal. ¡Si hasta el viejo Garcé piensa que los debe tener encerrados en el sótano de la casona que compró cuando llegó al pueblo! Claro que el comisario dice que sin pruebas no puede haber justicia. Pero si vamos a escuchar todas las opiniones también vale la de la vieja Josefa, que dice que a los niños se los llevó la luz mala.

De todos modos no voy a actuar por impulso. Debo controlarme, hacer que confiese. Lo imperativo es saber qué pasó con los niños, dónde los metió. Después ajusticiarlo.

Abandono la ruta provincial, algo barrosa por la lluvia de ayer, y me meto en la recta final que lleva a la puerta de la casona del Mariscal. Me doy cuenta de que me suda la mano del hacha y que estoy apretando el arma tan fuerte que tengo los dedos algo agarrotados. La cambio a la izquierda e intento relajar los músculos de la diestra.

Paso tras paso "El Manantial" se acerca. Siento el corazón desbocado; no estoy hecho para estos menesteres. Si apenas me trencé en una pe-

lea en toda mi adolescencia, y recuerdo que salí muy mal parado. Pero pensar en Marquitos o en Luisito, Belén o cualquiera de esos angelitos me hace hervir la sangre.

Levanto una pierna por sobre la tranquera de entrada y ya estoy dentro. Veo la luz de la cocina encendida; tal vez esté cenando. Por las dudas, meto el mango del hacha dentro del brazo del gamulán, hasta el codo, y sujeta la hoja entre mis dedos. No vaya a ser que se espante apenas me vea.

Golpeo la puerta una, dos veces. Cuando preparo el tercer golpe se abre de forma intempestiva; tanto, que retrocedo un paso, asustado.

El Mariscal está de uniforme, como siempre; ambas manos libres y su mirada despectiva queriendo atravesarme.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted. De los niños.

—Trato de darle a mi voz una dureza que mi espíritu aun no tiene.

Para reforzar mi posición doy dos pasos largos y me meto en su casa.

Contra lo que esperaba, la austeridad de la casona me sorprende de tal modo que me quedo callado, mirando durante unos segundos las paredes blanqueadas con cal. No hay muebles ni cuadros; alfombras ni lámparas. Sólo los vacíos dinteles de las puertas que llevan más adentro en la construcción. El Mariscal se aclara la garganta y eso me saca de mi momentánea parálisis. Mi mano aprieta la hoja del hacha y digo.

—Dígame qué hizo con los niños.

—Ah. Ya veo. Usted es uno de esos idiotas del pueblo que me echa las culpas de las desapariciones.

—Confíese, Mariscal. Sólo quiero saber dónde están los pequeños —insisto.

Menea la cabeza con tal cara de desprecio que quiero matarlo en ese mismo instante. Sin aviso se dirige hacia una de las puertas, la que supuse daba a la cocina, y mientras camina dice: —Los tengo acá. Venga. Estoy calentando agua para hacerme un guiso con ellos.

Cuando desaparece tras la puerta me apresuro a buscarlo. Entro en la cocina casi a las corridas y lo veo, de espaldas a mí, desenvainando el sable del ejército que descansa sobre la mesa.

Suelto la cabeza del hacha y siento cómo el mango se desliza por mi mano. Apenas puedo sujetarlo levanto el brazo, decidido a golpear primero.

El Mariscal se da vuelta con una estocada recta al pecho. La esquivo apenas, girando el cuerpo, y la punta filosa atraviesa el lateral de mi gamulán. Aprovechando el movimiento descargo el filo de mi hacha sobre su brazo extendido, por encima del codo, que, aunque no recibió un corte profundo, se fracturó con un crujido. Obligado por el dolor, suelta la espada, que queda prendida de mi ropa, y retrocede tomándose el brazo y gritando de ira.

Mi siguiente golpe sale como sucesión del anterior, asestándole en la cara con la parte roma de la hoja del hacha. Las piernas le tiemblan y finalmente cae mareado.

Una energía incontrolable me recorre el cuerpo. La imagen de Marquitos y los demás me infunden las fuerzas necesarias para no claudicar.

Me siento a horcajadas sobre su cuerpo y descargo un nuevo hachazo que le destroza el cráneo. Destrobo el arma de la herida y vuelvo a golpear. Luego una vez más. Y otra más.

La sangre me salpica la cara, los ojos, la boca, rompiendo el trance. Miro lo que he hecho y no sé si alegrarme por haber logrado lo que me proponía, aunque haya sido algo impropio de mi naturaleza, o aterrorizarme por la barbarie cometida.

Suelto el hacha y me levanto nervioso. Reviso todas las habitaciones, pero no encuentro nada de los niños. La misma falta de mobiliario se repite en todos lados. En el baño, un diminuto espejo me muestra el rostro ensangrentado. Me lavo como puedo y salgo apurado de la casa.

Decido escapar por atrás del campo, para que nadie me vea, y poder aclarar mis pensamientos. Mientras me interno en la oscuridad del campo y “El Manantial” queda a mis espaldas las preguntas me zumbaban como moscardones.

¿Dónde están los niños? Él aceptó que los tenía. ¿Cuánto de verdad o mentira había en sus palabras? ¿Por qué alguien con su poder vive como un peón de campo?

Salto el alambrado del campo del Mariscal y me interno en los pastizales del monte. Algunas nubes juegan a tapar la luna mientras camino sin sentir el cuerpo.

Las *Hiroshimas* desembarcan con su cargamento de veneno radiactivo y, sin perder el tiempo, rocían la zona con él. Las dejo hacer su trabajo y me adentro en una gran bolsa de *cangrejos*, hasta que esos bichos me rodean por todas partes. Me he metido en una situación peligrosa pero no me detengo; continúo la matanza aunque apenas vea más allá de mis filosas extremidades. Noto cómo una *Panzer* se une al barullo, triturando todo lo que se le pone por delante. A duras penas veo sus inmensas extremidades y creo que ella no me ha visto a mí.

Debo salir deprisa, o la *Panzer* puede acabar conmigo. A eso se le llama eufemísticamente “fuego amigo”. Yo lo llamo una putada.

Mas es demasiado tarde. La *Panzer* extiende sus agujones y, con un rápido movimiento, me alcanza. Las alarmas se encienden en mi panel de control: energía, comunicaciones, soporte, refrigeración, integridad... Intento emitir un mensaje de socorro. Es lo último que recuerdo.

Podría haber muerto allí, perdida en combate, como tantos otros, y la

verdad es que no me hubiera importado en absoluto. Es mi vida; es para lo que me fabricaron. Pero tres horas después me encontré un equipo de mecánicos. Tardaron cinco minutos en devolverme la conciencia y diez más en dejarme lista para la batalla.

Cuando vuelvo a la zona de combate, la situación ha tomado un cariz muy distinto.

Nuevas inyecciones han traído refuerzos para luchar contra la infección. En los intestinos las *Panzers* siguen acosando a los microorganismos patógenos. El olor a antibiótico satura mis sensores por todas partes. Cuerpos de bacterias muertas flotan en los vasos linfáticos y el cáncer que ha causado todo esto está siendo severamente castigado mediante radioterapia.

Pero aún queda batalla. Sonrío, compruebo que estoy en condiciones de luchar y me preparo de nuevo para el combate.

Al fin y al cabo, soy una máquina de matar.

© PEDRO P. ENGUITA, 2008.

PEDRO PABLO ENGUITA SARVISÉ
(España —Barcelona, 1975—)

Licenciado en ciencias físicas, con trabajo en el área de informática, se está animando a publicar su material. Sus autores preferidos son PHILIP K. DICK, URSULA LE GUIN y DAN SIMMONS.

la ha cagado. Si queríamos luchar, nos han enviado al lugar equivocado; según los informes, el enemigo no ha llegado aquí.

Mierda.

Veo tres, cuatro, al menos cinco *peludos* campeando a sus anchas. Avanzan entre las estructuras humanas, saqueando a placer, sin que nadie les oponga resistencia. Mierda. El enemigo sí ha llegado hasta aquí.

Cargo mis armas químicas y me abalanzo contra los *peludos*. Hincó mis jeringuillas en sus fofos cuerpos e inyecto el veneno. Los *peludos* se estremecen; veo cómo el veneno los va disolviendo por dentro y siento una especie de orgasmo electrónico. A estas alturas Inteligencia ya se ha dado cuenta de que ha cometido más errores de cálculo que de costumbre, porque ordena enviar tres brigadas a mi zona. Observo cadáveres de las fuerzas de autodefensa humanas; sus blancos e immaculados cuerpos yacen como triste recordatorio de qué son capaces de hacer los *peludos*. Pero con nosotras, las máquinas de matar, estos bichos no tienen nada que hacer.

Un comando de *Panzers* llega y comienza a rajar cuerpos enemigos como si fueran mantequilla. Las vísceras de los *peludos* se esparcen por las vías, llenando todo de pútridos residuos. Algunos de estos bichos, sintiendo el olor de la muerte, intentan protegerse creando una especie de armadura a su alrededor. Ese truco funciona contra las *gaseadoras*, pero no sirve de nada frente a las *Panzers*, que continúan abriendo de cuajo los cuerpos de los *peludos*.

Veo una *peluda* que intenta dar a luz. Si nada lo impide, dentro de poco habrá un nuevo y asqueroso *peludín* en el mundo. Pero afortunadamente estoy aquí y hundo mi jeringuilla en su fina y delicada membrana. Los *peludos* gritan de dolor mientras veo cómo el veneno les corroe las entrañas. No es que griten en el sentido textual del término, pero he sido programada para interpretar de esa forma las señales químicas de su organismo. Su piel membranosa se deforma y disuelve. Al verles agonizar siento un indescriptible placer.

Pero mi instinto me dice que hay algo que no va bien. Las estructuras humanas están demasiado débiles; algo está facilitando la invasión. Mientras los comandos avanzamos por los pestilentes campos de batalla esa sensación se va acrecentando hasta que alguien da con la respuesta.

Cangrejos.

—¡Aquí hay también *cangrejos*! ¡*Cangrejos*!

—¡Maldición, joder! ¡Avisé a Inteligencia y dígales que traigan un pelotón de *Hiroshimas* de inmediato! —ordena la sargento—. ¡Quiero todo el sector lleno de radiactividad inmediatamente!

Miro mis depósitos de armas químicas y constato de nuevo que no llevo equipo para matar *cangrejos*. Tampoco tenemos tiempo para volver y recargarlos, así que tendré que recurrir a mis rifles y brazos descuartizadores. Sin vacilar, llego a un lugar en el que se acumulan los *cangrejos* y comienzo la carnicería. Entre ellos hay elementos humanos, lo sé, pero no podemos perder tiempo con nimiedades. No me detengo a contar cuántos inocentes mato.

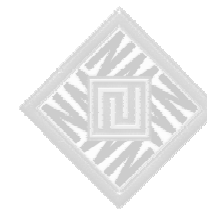
Han pasado algunas horas; estoy cansado y perdido en mis pensamientos. Llego a un claro sin hierbajos, donde una diminuta luz azul me llama la atención. Tiembla, vibra, me susurra. Es inevitable pensar en los chicos y en la vieja Josefa. Tengo miedo y mi mano vacía recuerda que el hacha quedó en la cocina, ensangrentada e inerte, como el muerto que había producido.

Me arropo el gamulán y cambio de rumbo para huir el destello que late como si tuviera vida; como si *quisiera* vida. Vuelvo la mirada, con esa mezcla de inseguridad que da el sentirse

perseguido, y quedo petrificado mirando la luz, que se acerca. Diminuta, oscila entre los pastos mutando del azul al rojo.

Viene hacia mí y, cuando está a dos pasos de distancia, explota en un destello enceguecedor que me hace morir el alma. Caigo de rodillas y en mi mente lloro de miedo. El brillo crece, me absorbe y, en el último resquicio de consciencia, oigo el llanto de los niños que gritan.

© EDUARDO LAENS AGUIAR, 2005.



EDUARDO M. LAENS AGUIAR
(República Oriental del Uruguay —Montevideo, 1979—)

Radicado en la Argentina, además de sus relatos aparecidos **Alfa Eridiani**, **Axxón** y **Efímero**, en **NM 4** publicó *Hilos conductores*. Su cuento *La concepción* fue incluido en el libro “Desde el taller. Nueva narrativa hispanoamericana” (Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 2007), compilado por SERGIO GAUT VEL HARTMAN.

MÁQUINAS DE MATAR

PEDRO P. ENGUITA

Soy una máquina de matar; modelo Lucifer XXVI, para ser más exacta. Aunque tengo dos brazos descuartizadores y tres rifles semiautomáticos, mi principal baza son los cuatro depósitos de armas químicas que ocupan la mayor parte de mi cuerpo. Es por eso que nos apodamos "gaseadoras".

Suena la alarma y sé que nos debemos preparar de nuevo para la acción. No hacemos preguntas; nos han diseñado para obedecer y punto. Parece que va a ser una batalla de las gordas, porque los humanos han pedido nuestra intervención inmediata. Nada menos que sesenta brigadas de *gaseadoras*, y un número aún mayor de *Panzers*, nos dirigimos hacia el transporte. En cambio, mis compañeras *Hiroshimas* emiten un suspiro electrónico de decepción cuando se dan cuenta de que en esta ocasión se quedarán en casa. En fin, *Hiroshimas*, otra vez será.

Compruebo que todo esté en orden: los dispositivos listos, los generadores eléctricos preparados y las cana-

nas de munición a rebosar. Camino hacia el transporte de tropas que se prepara para introducimos en el campo de batalla. Entre tanto, recibimos una transmisión de Inteligencia que nos inunda con datos sobre el enemigo al que debemos enfrentarnos, la disposición de sus fuerzas, la estrategia a seguir y los puntos que debemos proteger a toda costa. Doy un respingo electrónico de alegría cuando me entero de que vamos a enfrentarnos a los *peludos*. No es que tenga nada en contra de luchar contra los *enanos* o los *cangrejos*; es sólo que los *peludos* se me dan bastante bien.

Las órdenes son las mismas de siempre. No hace falta que nos las repitan: exterminar completamente al enemigo, del primero al último individuo. Aquí no se hacen prisioneros, a menos que los requiera el Departamento de Investigación, y en tal caso ya sabemos para qué los quieren.

Nos avisan de que nos acompañará un equipo de filmación. No es más que estúpida propaganda, pero

necesaria, al fin y al cabo, para mantener el entusiasmo por el esfuerzo bélico. Necesaria porque algunos humanos hablan de "paz" y "armonía" con esos bichos. Malditos imbéciles; yo he estado allí y sé cómo son. No merecen respeto. No son más que unos bichos asquerosos, desde el primero hasta el último. Lo mejor que se puede hacer es matarlos a todos.

Bueno, de acuerdo; causamos daños colaterales. He visto seres humanos con los pulmones destrozados por los efectos de nuestras armas químicas, estériles por culpa de los venenos radiactivos que usamos y personas que gritaban de dolor cuando usábamos nuestras afiladas extremidades como mejor sabemos hacer. ¿Pero qué esperaban? ¿Es que no ven que todo eso lo hacemos por su propio bien?

Hay que reconocer que no todos los humanos son tan idiotas como los "pacifistas". La mayor parte de ellos nos observa con orgullo, pero a mí me da igual; no me diseñaron para que necesitara una palmadita en la espalda cuando hago las cosas bien. Además, los humanos, sea cual fuere su ideología, no quieren saber cómo es una batalla de verdad. No les interesa saber cómo es luchar en ríos de sangre, mares de ácido o cate-drales de carbonato de calcio. Tampoco quieren saber qué significa para una de nosotras tener una avería del sistema hidráulico o ver morir aplastadas a sus compañeras. En su lugar, se preguntan si llevamos una existencia vacía.

Pues nada de eso. Tal vez los humanos necesiten admirar la belleza de una puesta de Sol, el cantar de un pájaro o la mirada de su pareja después

de haber hecho el amor, pero nosotras no. Somos máquinas de matar; ése es nuestro único objetivo en la vida. Sé que moriré en combate; es más, no imagino morir de otra forma.

Pero no quiero su compasión; tengo un objetivo en la vida: matar. Eso es más de lo que puede presumir la mayor parte de los humanos, que se pasan su existencia buscando el sentido de su vida.

La sargento de mi pelotón viene a confirmarme mis impresiones. Con su habitual socarronería nos dice que la batalla comenzará en unos minutos y que el lugar al que nos dirigimos está infestado de *peludos*. Nos ofrece un listado de características que no resulta en absoluto agradable: el enemigo acecha por todas partes, las defensas humanas han caído, la temperatura es de 40°, el aire es irrespirable y la materia en descomposición campea a sus anchas.

Nuestro transporte inicia la secuencia final para introducirnos en el campo de batalla. He pasado varias veces por esto, pero nunca terminé de acostumbrarme al rápido y preciso movimiento con el que nos infiltramos en plena zona de guerra.

Apenas puedo describir qué se siente los primeros instantes. Antes he dicho que los humanos no quieren saber cómo es una batalla de verdad, pero es difícil describir la pesadilla en la que se convierten los primeros segundos tras el desembarco. Estamos desperdigadas en un volumen enorme. Miro mi navegador y compruebo que no estoy donde debería. Alguien